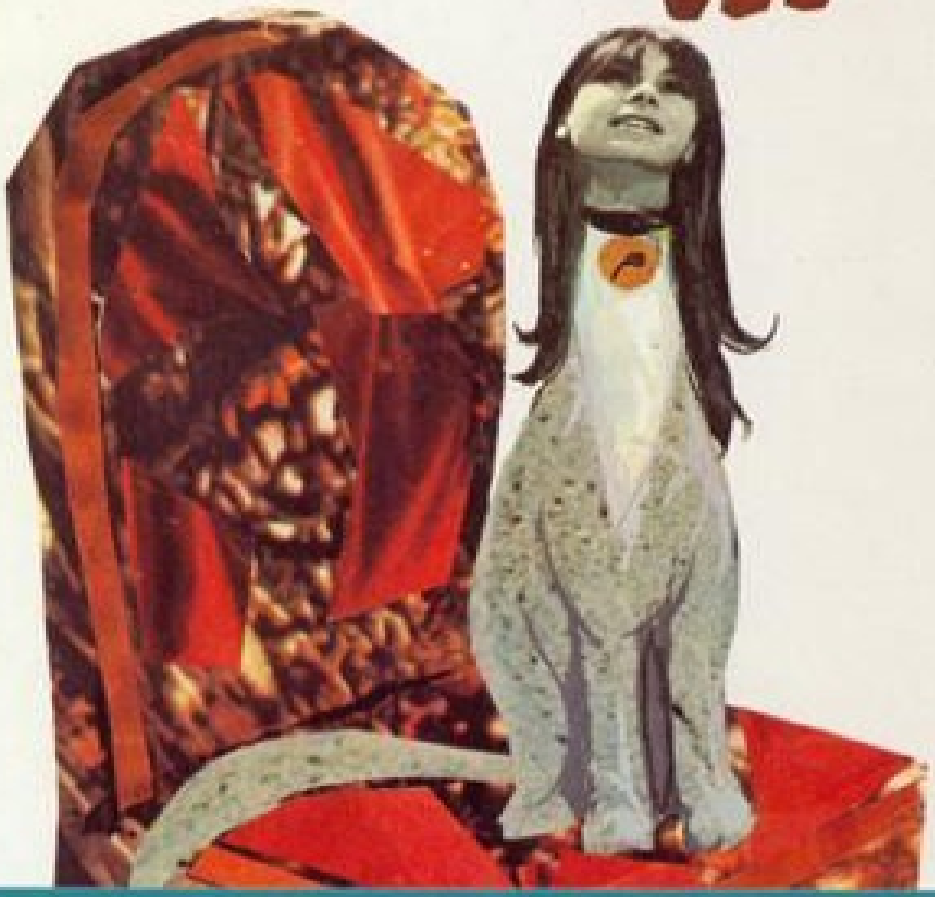
el varón polígamo

ESTHER VILAR



Por la autora de
EL VARON DOMADO

www.todocoleccion.net

Esther Vilar

El varón polígamo

Table of Contents

¿EXISTEN DOS AMORES DISTINTOS ENTRE HOMBRE Y MUJER?
OBJETO DE PUPILAJE Y COMPAÑERA SEXUAL
¿QUE ES UN OBJETO DE PUPILAJE?
ALTRUISMO
¿QUÉ ES UN COMPAÑERO SEXUAL?
EL AMOR LÓGICO
TODOS LOS IMPULSOS SON MANIPULABLES
AMOR Y PODER
¿QUIÉN TIENE EL PODER?
EL PODER DEL MAS DÉBIL
EL PODER DEL MAS LERDO
LA PAREJA IDEAL
LA ADOPCIÓN
EL PODER DEL MAS INDIFERENTE
LOS PADRES SON IMPOTENTES
LA IMPOTENCIA DEL AMANTE
EL SEXO MAS DÉBIL ES EL MAS FUERTE
EL SÍNDROME PATERNO

ADOPCIÓN E INCESTO
ORÍGENES DE LA POLIGAMIA MASCULINA
POLIGAMIA SIMULTANEA
POLIGAMIA SUCESIVA
POLIGAMIA ESPORÁDICA
POLIGAMIA SIMBÓLICA
SOLAMENTE LOS HOMBRES SON MOJIGATOS
EL AMOR ENTRE HOMBRE Y MUJER ES MONOGAMICO, CELOSO Y DEVOTO
¿QUÉ ES EL AMOR?
¿CÓMO ES EL AMOR?
¿PUEDE DURAR EL AMOR?
PADRES PÚBLICOS, HIJAS PÚBLICAS
PADRES PÚBLICOS INVOLUNTARIOS
PADRES PÚBLICOS VOLUNTARIOS
PADRES PÚBLICOS POR INCAPACIDAD
HIJAS PUBLICAS
EL HOMBRE COMO VÍCTIMA DE SU POLIGAMIA
LAS MUJERES QUIEREN ALTRUISMO

Editorial Plaza y Janes
Año 1975
185 páginas

Un libro sobre el amor. A diferencia de la mujer, el hombre puede mantener relaciones intimas simultáneas con varias compañeras. Los motivos estriban en el comportamiento oportunista de la mujer. Esta se hace pasar por una adolescente desvalida ante el hombre y lo induce a "adoptarla". Mediante tal procedimiento, le impone asimismo la poligamia: cualquier hombre emparejado con una mujer aniñada necesita por añadidura, otra mujer autentica. una amante. Pero como esta persigue a su vez, un amparo, el hombre busca una tercera, y

así sucesivamente. Puesto que la mujer degrada a su amante convirtiéndolo en proveedor, conduce al amor masculino por derroteros erróneos y, de paso, destruye el suyo propio, porque el hombre, en su condición de "padre", también representa para ella el amante ambicionado.

Esther Vilar ha armado un verdadero revuelo, ha constituido un fulminante éxito editorial. Ya su obra anterior, =El varón domado., desató una auténtica tempestad de comentarios. De su segunda obra, "El varón polígamo" ha dicho la crítica:

"Como todos los moralistas, será odiada e insultada por la mayoría de sus contemporáneos. Pero ante un espejo no cabe argumentación alguna; lo único que podemos hacer es destruirlo."
W-NBC, Nueva York

"Sin temor y abiertamente, la más discutida autora de bestsellers de Alemania vuelve a la carga con un nuevo libro…"
Newsweek, Nueva York

"Haciendo caso omiso de todas las presiones y ataques. esta escritora desencadena una nueva gran ofensiva…"
Sunday People, Londres

"Se trata de una obra asombrosa… Contiene brillantes pasajes…"
Die Weltwoche, Zurich

"Llena de entusiasmo. nada contra la corriente…"
Le Figaro. París

"Con el tiempo será llamada el critico de la sociedad de su época."
Claire Merlot-Sirnonet

Titulo original: DAS POLYGAME GESCHLECHT

Traducción de: MANUEL VAZQUEZ

Portada de: ALVARO

Primera edici6n: Febrero, 1975
Segunda edición Abril, 1975
Tercera edición: Mayo, 1975
Cuarta edición: Junio, 1975
Quinta edición: Julio, 1975
Sexta edición: Julio, 1975

Éste es un libro sobre el amor: Analiza lo que es el amor, lo que podría ser y lo que las mujeres han hecho de él.
E.V

¿EXISTEN DOS AMORES DISTINTOS ENTRE HOMBRE Y MUJER?

EL "VERDADERO AMOR"

Imaginemos la siguiente escena de un supuesto cinematográfico:

Sol, mar, playa solitaria…, un hombre y una mujer.

El hombre. -Estás muy callada, querida. ¿Qué te sucede?
La mujer. -Nada.
El hombre. -Vamos, cuéntamelo.
La mujer. -No sé cómo explicártelo.
(Breve pausa.)
- Me he propuesto abandonarte.
El hombre. -¿Hay algún otro?
La mujer. -Si.
El hombre. -¿Estás segura de quererlo?
La mujer. -Sí.
El hombre. -¿Más que a mí?
La mujer. -Me sería imposible seguir viviendo sin él.
El hombre (pasándote un brazo por la espalda). -Estupendo.
La mujer. -¿Cómo has dicho, por favor?
El hombre. -Dije "estupendo". ¡Quédate con él!
La mujer. -¿Te alegras?
El hombre. -¿Por qué no habría de alegrarme?
La mujer. -Entonces… ¿ya no me quieres?
El hombre. -Al contrario.
La mujer. - ¿Me quieres todavía?

El hombre. -Te quiero y, por tanto, deseo verte feliz. ¿Acaso esperabas otra cosa?

Más tarde, cuando el productor lee ese guión y llega al susodicho pasaje, agarra el teléfono y pide comunicación con su autor. Empieza preguntándole si ha perdido el juicio: evidentemente, usted ha intentado representar una escena de amor, le dice, pero tales escenas amorosas no ocurren nunca en la vida real. Cuando son auténticas, el hombre parte el cráneo a su mujer o, por lo menos, intenta hacerlo. Luego salta al coche, arranca haciendo chirriar los neumáticos y vapulea a su rival. Sin embargo, el autor se resiste a hacer modificaciones: el hombre realmente enamorado de su mujer, responde, se comporta así y nada más, pues el verdadero amor es, ante todo, abnegado. Si el productor se prestara a proseguir la polémica se pondría seguramente de manifiesto que existen, por fuerza, dos clases bien distintas de amor entre hombre y mujer: uno condescendiente y otro vengativo, uno altruista y otro posesivo, uno donador y otro recipiente…

¿Es cierto eso? ¿Existen dos formas diferentes de amor entre hombre y mujer, dos formas diametralmente opuestas por su misma esencia? ¿O hay tan sólo un amor verdadero y otro falso? ¿Cómo se explica la existencia de tantos equívocos acerca de un fenómeno que ha sido experimentado, en definitiva, por cada persona adulta al menos una vez, e investigado con suma minuciosidad por varias generaciones de psicoanalistas, un fenómeno que viene siendo, desde remotas fechas, el tema predilecto de literatos, compositores y otros artistas?

¿Qué es el amor?

OBJETO DE PUPILAJE Y COMPAÑERA SEXUAL

Si se quiere hablar del amor, será preciso, ante todo, remontarse a sus orígenes: el hecho de vivir y encontrar vida a nuestro alrededor debe estribar en unos principios específicos. Es decir, cuando hallamos algo viviente sobre este planeta o cualquier otro, cabe presuponer que dicho algo está sujeto a ciertas leyes cuya finalidad es, en última instancia, el producir vida con materia inanimada. De otra forma no lo hallaríamos jamás. Si significamos por vida el principio general de la evolución -o variación y selección natural según lo denominó Darwin- debemos incluir también la muerte que implica aniquilamiento, porque, de lo contrario, se agotaría rápidamente el material necesario para las evoluciones.

Así, pues, un ser animado debe responder, por lo menos, a tres «principios fundamentales de la vida.:

1) conservar la propia vida (conservación)

2) transmitir vida antes de su muerte para que subsista la vida propiamente dicha (reproducción)

3) mantener la vida de aquellos a quienes les ha sido transmitida mientras no estén en condiciones de hacerlo por sí mismos (crianza).

Es decir, el viviente llamado ser humano está sometido a los principios de *conservación, reproducción y crianza*, pues, de otro modo no estaría presente. El *instinto de conservación* es *asocial* hasta cierto punto, ya que tal inquietud atañe exclusivamente a la propia persona. Por el contrario, la *reproducción* y la *crianza* son mecanismos *sociales*. Nosotros no podemos efectuar a solas la reproducción, cuya evidente carencia de incentivos ha sido paliada con el impulso sexual. Igualmente se orienta hacia otros el impulso protector.

Aquellos otros a quienes necesitamos para desarrollar nuestros impulsos sociales son *compañeros sexuales* u *objetos de pupilaje*, según el impulso social que nos propongamos satisfacer con ellos. Es natural ver en esos dos impulsos sociales los fundamentos biológicos del *amor*, pues su consecución más intensa y duradera -la inclinación hacia un compañero sexual o los propios hijos- es amor. Quien tenga un amante o una amante se sentirá feliz. Saciará con él o ella tan frecuentemente como sea posible su apetito sexual y le dirá que lo quiere. Si esas relaciones se rompieran, él diría que sufre "penas de amor". Y ese estado subsistiría hasta que encontrara un sustituto, es decir, un nuevo amor.

Quien tenga un objeto de pupilaje, procurará protegerlo. Incluso arriesgará su vida en el empeño, querrá siempre lo mejor para él y le reiterará sin cesar su amor. Si lo perdiera se sentiría desdichado y diría que se había quedado sin el ser más querido en el mundo. Asimismo, cualesquiera sean las personas amadas -objetos de pupilaje o compañeras sexuales-, nosotros empleamos una vez y otra la misma Palabra: amor. Sin embargo, el significado de ésta varía fundamentalmente con arreglo a su naturaleza. Un objeto de pupilaje debe satisfacer ciertas premisas para que uno desee protegerlo; tales requisitos son incompatibles con los de una compañera sexual, e inversamente.

Esto quiere decir que las cualidades de una persona determinan el tipo de necesidad biológica que nos proponemos satisfacer con ella. Y, en última instancia, determinarán también el tipo de amor que deseemos consagrarle.

¿Cuáles son esas cualidades?

¿QUE ES UN OBJETO DE PUPILAJE?

Para atraer hacia sí el instinto protector de otros, una persona debe satisfacer tres premisas fundamentales: ser inferior físicamente a quien haya de protegerla, evidenciar asimismo una inferioridad intelectiva y asemejarse al valedor. Parece innecesario elucidar la indispensabilidad de las dos primeras cualidades, pues seria descabellado intentar proteger a quien tuviera mayor o similar fortaleza física e intelectiva. La diferencia generacional es la premisa idónea para ese contraste indispensable de las fuerzas intelectivas y físicas. Por ello, las relaciones entre padres e hijos representan el mecanismo que funciona con menos fricciones.

Resulta aun más fácil demostrar el carácter imprescindible de la semejanza. El amor profesado al objeto de pupilaje estriba en un motivo cuya simplicidad es tan obvia como su efectividad: la identificación. Yo necesito verme reflejada en mi protegido; él debe parecerse a mí todo lo posible. Si uno quisiera proteger a otro, simplemente porque es más débil, podría ocurrir que algunos queden postergados -por ejemplo los congéneres- y otros sean los preferidos. El "egoísmo colectivo" es, hasta cierto punto, el más elemental, efectivo y "justo" de todos los mecanismos sociales: cada cual vela, ante todo, por sí mismo y los suyos. Es el recurso que ha permitido sobrevivir a los animales sin necesidad de legislaciones sociales ni ideologías.

Precisamente entre los animales se hace sobremanera ostensible el hecho de que ese instinto protector se rija por la semejanza: cuando una hembra engendra una cría desemejante de ella, la repudia sin compasión. Tal similitud no es referible únicamente a la apariencia, pues también pueden existir -enfocándolo desde nuestro ángulo visual humano- otras afinidades accesorias como, por ejemplo, el olor similar. Esta igualdad puede o más bien debe ser parcial, pero allá donde impere tendrá un carácter determinativo sobre la vida y la muerte. Cualquier niño sabe que cuando encuentra un pajarillo caído del nido no debe agarrarlo con las manos para reintegrarlo a su lugar, porque la madre lo rechazaría apenas percibiera el exótico olor. Si se quiere conseguir que una madre de cualquier especie animal adopte a una cría huérfana, se precisarán diversos procedimientos delusivos cuya finalidad será siempre la de simular cierta igualdad con la madre adoptiva. Mientras tanto, ésta no se mostrará dispuesta a cuidar del pequeño animal.

Asimismo, el ser humano se atiene al principio de la similitud para cuidar de su progenie. La madre es el elemento más propenso a la identificación con el recién nacido: lo ha sentido en las entrañas durante meses, él ha salido de su seno - el recién nacido es ella. Por otra parte, el padre sólo parece comprender que su hijo le resulta al principio bastante indiferente. Aun cuando se le repita hasta la saciedad que el niño es la viva imagen del padre, él encontrará muchas dificultades para verlo así y tardará algún tiempo en reconocer tal similitud, pero será entonces cuando empiece a sentir verdadero afecto por su hijo.

Esa predisposición a la identificación inmediata (lo cual está vedado para el hombre) acredita a la mujer como el miembro más desinteresado del par progenitor. Ella no vacila ni un instante en ver a su hijo cual objeto de pupilaje, y como esa actitud estimula inmediatamente su instinto protector, se suele tener el amor maternal por un sentimiento más profundo que el paternal cuando en realidad se trata de una diferencia cronológica mínima entre las apariciones

de dos sentimientos cuyas intensidades son idénticas y tienen orígenes exclusivamente biológicos.

Los padres quieren a sus hijos tanto como puedan hacerlo las madres, y el instinto protector masculino no cede en nada al femenino, según lo han demostrado suficientemente los experimentos sociológicos modernos y el intercambio de papeles en algunas civilizaciones primitivas.

ALTRUISMO

El hombre no es un simple animal, ni obedece solamente a sus impulsos como tal animal: él sabe distinguirlos, darles una interpretación consciente y distanciarse de ellos; también puede modificarlos o abstraerlos. Por ejemplo, puede generalizar el principio de la similitud e incluso reconocer su propia imagen en otros seres exóticos y desvalidos. Mediante su entendimiento puede vislumbrar, pese al dictado incierto de esos impulsos, que otros seres humanos de piel y pigmentación distintas se asemejan a él ("los negros son también seres humanos", "los blancos son también seres humanos"), que los tullidos físicos y mentales se asemejan a las personas sanas. Esta "humanización" del instinto protector, únicamente factible en el hombre, es el altruismo . Amor al prójimo o altruismo equivale al instinto protector cultivado mediante la inteligencia.

El altruismo es sólo imperfectamente sustentado por los impulsos. Al objeto de pupilaje le falta la semejanza "biológicas", y por ello aquí no se sobrentiende, ni mucho menos, la necesidad de protegerlo.

A menudo se requiere gran fuerza persuasiva, y no pocas veces hace falta considerable "aplomo" para sobreponerse al primitivo instinto de lo igualitario. Consecuentemente, el altruismo figura también como una virtud.

Hasta ahora no se ha conseguido, ni en los países cristianos siquiera, practicar a gran escala la racionalización del instinto protector que predicara por primera vez Jesús. La enseñanza de Jesús -identificarse con el prójimo y obrar en consecuencia sustituye una igualdad condicionada biológicamente por otra intelectual, arremete contra las premisas biológicas -denominándolas "malignas"- tal como lo hace, más o menos, el principio marxista de igualdad. Aquí se trata de valores "superlativos" justamente por su inasequibilidad: pues el valor de una cosa queda determinado por su mayor o menor singularidad.

Como norma general, uno solo atiende a los objetos imperfectos de pupilaje cuando media una retribución. Ésta puede ser de naturaleza material o ideal: dinero, herencia, soledad atenuada, prestigio social, vida eterna en un lujo paradisíaco.

He aquí las variantes más frecuentes en los objetos imperfectos de pupilaje:

Inferiores con desemejanza física: enfermos, indigentes.
Inferiores con desemejanza mental: psicópatas.
Inferiores con desemejanza física y mental: mujeres y niños desconocidos.

En otro pasaje analizaremos a la mujer como objeto imperfecto de pupilaje para el hombre. Aquí debemos citar todavía otra variante del objeto de pupilaje que sena perfecta si no perteneciese a una especie no humana: según creen los psicólogos, la elección de un perro se funda en el principio de identificación, es decir, la similitud entre él y su futuro amo. Así, pues, los perros, y especialmente las razas caninas de menor tamaño, usufructúan el papel de auténticos hijos.

¿QUÉ ES UN COMPAÑERO SEXUAL?

Según se ha dicho, los requisitos para servir ' como objeto de pupilaje son la mayor semejanza posible con el protector y la mayor inferioridad posible en los terrenos físico e intelectivo; por cierto, esta última condición se da en forma óptima en la disparidad generacional. Ahora bien, los requisitos para servir de compañero sexual son diametralmente opuestas. Éstos comportan el mayor contraste posible -cuanto más polar mejor- entre ambos copartícipes respecto a todo cuanto ellos conceptúen como específicamente sexual (cualidades físicas en su más hondo sentido), y la mayor similitud posible respecto a todo cuanto ellos conceptúen como no específicamente sexual (cualidades psíquicas en su más amplio sentido).

Todas las peculiaridades que acentúen el contraste entre yo y otro individuo del sexo opuesto, acrecentarán mis probabilidades de ser su compañera sexual…, siempre y cuando nos "entendamos" ambos, es decir, seamos semejantes respecto a todo cuanto no conceptuemos como específicamente sexual. Los contrastes específicamente sexuales pueden tener un carácter más o menos genérico o bien más o menos individual, con lo cual se quiere significar que pueden referirse al sexo contrario en bloque o a una persona determinada del mismo. Por ejemplo, los hombres con barba cerrada, torso velludo, anchas espaldas, caderas caídas y largas extremidades son, generalmente, los preferidos. Las mujeres

con epidermis nacarina, grandes senos y opulentas caderas suelen tener preferencia entre los hombres. Cuanto más se acumulen las polaridades individuales tanto mayor será la idoneidad de las relaciones sexuales. Esa fascinación proverbial que ejercen las mujeres rubias sobre los individuos morenos o las ojizarcas sobre los ojinegros, no es accidental ni mucho menos. Por eso, cada cual recurre a toda su habilidad para realzar la antítesis entre él y el otro sexo o un sujeto concreto del mismo; y cuando no se dé tal contraste, él o ella procurará simularlo, por ejemplo, desarrollando los bíceps mediante una gimnasia intensiva, agrandando los senos con postizos, cortándose los cabellos o bien dejándolos crecer hasta la cintura, etcétera.

Asimismo aquí encuentran su origen los comportamientos llamados "típicamente masculinos", y "típicamente femeninos", estriban siempre en una simulación consciente o subconsciente de atributos sexuales específicos. Sonrisas frecuentes o insólitas, verbosidad o mutismo, contoneo o sobriedad en la marcha…, todo ello hace "más masculinos" o "más femeninos", a los seres humanos. Evidentemente, son cualidades ficticias, según lo demuestra su sometimiento a la moda y su evolución inmediata tan pronto como ésta lo solicita. Las artistas cinematográficas del pasado tenían otra "feminidad", que las de Truffaut o Godard. Una mujer que se comportara hoy día como cualquier vampiresa de los años veinte no parecería femenina a un hombre, sino más bien grotesca.

La ley biológica prescribe una mezcla de factores hereditarios extremos. Quien pretenda descartarla o sustraerse a su dictado -quien no exhiba ninguna cualidad masculina o femenina ni haga el menor esfuerzo por aparentarla- tendrá escasas probabilidades de atraer hacia si el impulso sexual de otros, es decir, escasas probabilidades para la reproducción.

Como ya hemos mencionado, a la polaridad de cualidades específicamente sexuales se agrega la similitud de todas las demás.

Desde luego, en casi todos los casos existe cierta superioridad física del hombre sobre la mujer, lo cual es una cualidad específicamente sexual que suscita la atracción mutua. Ahora bien, tan pronto como esa diferencia sea excesiva -tan pronto como la mujer sea tan débil o finja ser tan débil que resulte imposible conceptuar la diferencia entre fuerzas físicas cual un factor específicamente sexual-, sobrevendrá una peligrosa alteración, pues el instinto protector del consorte más fuerte se interpondrá en el camino de su instinto sexual. Entonces éste temerá hacer daño a su compañera sexual y exagerará en su afán de ahorrarle fatigas. Si a esa inferioridad física se agregara otra intelectiva, la compañera sexual se convertiría paulatinamente en objeto de pupilaje. Planteada esa situación, el acto sexual (usualmente una especie de escaramuza) sólo sería posible cuando el más fuerte procurara refrenarse y sacrificar lo esencial. Así, pues, la igualdad del nivel intelectivo es, junto con el contraste físico, una premisa necesaria para el amor entre hombre y mujer. Una garantía muy aceptable para la similitud en los terrenos no específicamente sexuales es la igualdad generacional. Nosotros entendemos por generación el lapso transcurrido entre el nacimiento de un individuo y el de su primer descendiente, lo cual, en los seres humanos, equivale más o menos a veinte o veinticinco años. Sin duda, la sexualidad es una ocupación de personas adultas, pero cuando una de las partes cuenta con más de veinticinco años sobre la edad del otro y, por consiguiente, pertenece a la generación de los abuelos, se dan unas posibilidades relativamente mínimas para unas relaciones sexuales satisfactorias entre ambas partes.

A decir verdad, hay casos en los que el dinamismo singular de una persona determinada consigue franquear durante algún tiempo esa frontera biológica. Sin embargo, tales excepciones confirman la regla. Realmente, las frecuentes uniones entre mujeres jóvenes y hombres cuya diferencia de edad representa más de una generación, no son una prueba convincente; todas ellas estriban siempre en unas premisas inalterables: el bienestar económico o el prestigio social de

un hombre perteneciente, por lo menos, a la generación anterior. Si existiese algún mecanismo biológico que impulsara a las jóvenes hacia los brazos de hombres excesivamente maduros, habría también matrimonios entre jubilados menesterosos y muchachas opulentas.

EL AMOR LÓGICO

Así como una persona puede racionalizar su impulso protector y transformarlo en altruismo, el impulso sexual tolera también semejante racionalización. A diferencia del animal, el ser humano puede renunciar temporalmente o para siempre a la actividad sexual por diversas razones, tales como los compromisos culturales o religiosos, el temor a las consecuencias o los beneficios resultantes de ciertos contratos, por ejemplo el matrimonial. Puede atemperar su impulso sexual en lugar de reprimirlo por completo, y conseguir su propósito mediante acciones compensadoras o transposiciones. Por ejemplo, si se da cuenta de su afecto hacia el posible compañero sexual X, cuyas cualidades lo cautivan, y se dice al propio tiempo que le es imposible conquistar a X, puede ocuparse de Y, quien no reúne todas las cualidades codiciadas; sin embargo, su ansia de actividad sexual es tan intensa que se mostrará dispuesto a aparejarse con Y. Nosotros denominamos amor lógico a esa racionalización específica del amor sexual. El amor lógico es la actitud amorosa fundada en una "comprensión superior".

Como cualquier objeto del altruismo es siempre un objeto incompleto de pupilaje, el objeto del amor lógico será siempre un compañero sexual incompleto. Esto significa que se tratará siempre de una persona sin la suficiente antítesis física, es decir, poco "varonil" o poco "femeninas", o bien sin la necesaria similitud psíquica, lo cual significa excesiva ignorancia o demasiada

inteligencia. Se soportará un compañero sexual imperfecto mientras no sea asequible otro más completo, o mientras existan retribuciones y recompensas de muy diversa índole (dinero, un remedio a la soledad, prestigio social, engendramiento de objetos de pupilaje, y así sucesivamente).

Por otra parte, el "amor lógico" presenta formas extremas tales como visitas al burdel, onanismo, pornografía y lujuria contemplativa. Aquí la abstracción del amor auténtico es tan desorbitada que se le sustituye totalmente con las acciones simbólicas.

TODOS LOS IMPULSOS SON MANIPULABLES

Recapitulemos: los atributos que caracterizan a un objeto de pupilaje. son aquellos opuestos diametralmente a los de un compañero sexual: los objetos de pupilaje y los protectores se asemejan por la apariencia, mientras que los compañeros sexuales son su antítesis; los objetos de pupilaje tienen una inferioridad física e intelectiva respecto a su protector, los compañeros sexuales ocupan un mismo nivel. Esas cualidades de los compañeros sexuales y de los objetos de pupilaje, contradictorias en cada aspecto y excluyéndose mutuamente, condicionan los sentimientos que nos inspiran unos y otros, sentimientos asimismo incompatibles entre si. El único -aunque trascendental- denominador común de tales sentimientos es el nombre que les hemos asignado: amor.

Retornemos ahora a nuestro ejemplo inicial, aquella polémica entre el productor y el autor sobre el verdadero amor. Según la opinión del autor, el amor verdadero se manifiesta cuando un marido entrega sin resistencia a su mujer al rival porque la felicidad de ella le parece más importante que la propia. Ahora bien, según lo estimamos nosotros, eso es amor verdadero sin duda alguna, pero… amor verdadero al prójimo. Pues el altruismo entre hombre y mujer no tiene la menor relación con el amor entre hombre y mujer. Los sentimientos inherentes al altruismo -desinterés, abnegación, tolerancia- son exclusivamente aquellos que nos inspiran los objetos

de pupilaje. El hombre se manifestaría así ante una encantadora criatura, pequeña y huérfana. Tan sólo si el pupilo resultara ser una mujer -lo cual no es infrecuente cuando los hombres tienden a representar el papel de samaritanos- no sería tan fácil descubrir los distintivos del altruismo.

¿Por qué ha de parecernos tan razonable el criterio expresado aquí por el guionista? ¿Cuál es la razón de que se confunda tan a menudo el altruismo con el amor sexual? ¿Por qué hay una mayoría que conceptúa aún el altruismo como lo más importante precisamente en relación con el compañero sexual, y relega el amor sexual puro, apremiante, equitativo? ¿Por qué tiene una gran mayoría ciertos remordimientos cuando descubren que su pareja no les inspira sentimientos equiparables a los de un caso social (desinterés, abnegación, tolerancia) y entonces le confiesan avergonzados - cuando su amor es auténticamente sexual que no la "quieren de verdad"?

Como ya hemos visto, todo resultará muy sencillo mientras nos dejemos guiar por nuestros impulsos: tendremos hijos cual objetos de pupilaje y amantes cual objetos del sexo. Sin embargo, el ser humano no es un animal irracional: a diferencia de éste, percibe los impulsos y los somete a su raciocinio. Cuando lo quiere, protege a los objetos incompletos de pupilaje y se aparea con compañeros sexuales incompletos; asimismo cuando lo quiere manipula a un objeto de pupilaje cual un compañero sexual y viceversa.

Si el amor entre hombre y mujer ha sido desfigurado hasta semejar altruismo, es porque algo o alguien está adulterando un principio prístino de la Naturaleza. Iniciando la investigación al estilo detectivesco para dar con el autor, preguntémonos primero quién puede haberse beneficiado de semejante manipulación.

¿Quién tendría suficiente poder para hacerla realidad?

AMOR Y PODER

¿QUÉ ES EL PODER?

El instinto, procreador (impulso sexual) y el protector tienen un carácter eminentemente social a diferencia del instinto de conservación. En este último caso, el objeto del impulso es la propia persona, mientras que en los impulsos procreador y tutelar lo es el prójimo. Ello significa que estos dos impulsos nos hacen depender de otros, o bien colocan a otros bajo nuestra tutela. Por consiguiente, ambos son la clave para el poder o la impotencia.

Poder equivale a constituirse en objetivo de los impulsos sociales ajenos sin pretender satisfacer los propios impulsos sociales con un semejante. Siendo así, este semejante hará todo cuanto se le pida. Impotencia equivale a intentar o necesitar satisfacer los propios impulsos sociales con un semejante sin concentrar los impulsos sociales ajenos en uno mismo…, con lo cual se hará todo cuanto solicite ese semejante. Cuando uno intente poner bajo su tutela a alguien, la cuestión variará según emplee uno o ambos impulsos sociales, es decir, le dominará parcial o totalmente, ejercerá un poder relativo o absoluto sobre él. (Aquí estamos hablando del poder condicionado biológicamente; más adelante nos referiremos al condicionamiento psicológico.) Así, pues, si se quiere averiguar cuál de ambas personas ejerce poder sobre la otra, bastará con preguntarse cuál se halla en situación ventajosa para manipular el impulso sexual o protector de la otra. Lo mismo es aplicable a las relaciones entre grupos humanos: clases sociales, razas,

comunidades religiosas, generaciones, estirpes. Quienes quiera se encuentren en la posición inicial más provechosa, quienes quiera sepan atraer hacia sí los impulsos sociales de otros sin comprometerse, poseerán el poder.

Puesto que entre los impulsos sociales más importantes figuran siempre el instinto sexual y el de protección, sólo cabe plantear la cuestión del poder propiamente dicho en conexión con el sexo o la generación. El poder auténtico sobre otros puede tener objetos de pupilaje u objetos sexuales (en el sentido del poderío político el compañero sexual es también un objeto). Aparte eso, todo cuanto calificamos como poderoso se sustenta con la autoridad, es decir, dominio físico. Yo obedeceré por obligación a quien tenga autoridad sobre mi, y serviré voluntariamente a quien ejerza poder sobre mí. Una persona adulta de mi propio sexo, una clase social, una raza distinta o un grupo político sólo puede ejercer una autoridad sobre mí, es decir, dominarme solamente cuando sea más fuerte. Por el contrario, es poderoso aquel con quien quiero o debo satisfacer mi impulso sexual o mi impulso protector. Aunque él fuera mil veces más débil, yo seguiría haciendo todo cuanto me pidiera. Así, pues, el poder es la faceta realmente interesante del dominio; la autoridad es secundaria y mucho menos eficaz.

¿QUIÉN TIENE EL PODER?

Si el impulso protector y el procreador poseen un valor determinativo para el poder y la impotencia. habrá tres bloques de poderío potencial entre los seres humanos:

a) Niños (objetos de pupilaje): ejercen poder sobre sus tutores, es decir, aquellos hombres y mujeres que se cuidan de ellos.

b) Hombres (objetos sexuales): ejercen poder sobre aquellas mujeres que los desean y, sin embargo, son impotentes ante los niños. (Sólo pueden ejercer autoridad sobre los niños.)

c) Mujeres (objetos sexuales): ejercen poder sobre aquellos hombres que las desean y, sin embargo, son impotentes ante los niños. (Sólo pueden ejercer autoridad sobre los niños.)

Si nos atuviéramos a este esquema fundamental, ningún ser humano tendría poder absoluto sobre otros: hombres y mujeres aprovecharían el impulso sexual para dominarse recíprocamente, mientras que los niños ejercerían un poder parcial sobre los padres mediante el impulso protector.

Sin embargo, según hemos visto, el ser humano -a diferencia del animal- puede dominar sus impulsos y subordinarlos al raciocinio. Es decir, como tiene posibilidades para manipular los impulsos propios o ajenos, suele adquirir más poder biológico del - que le corresponde.

He aquí las más importantes entre tales posibilidades de manipulación:

a) Los objetos de pupilaje pueden acrecentar su poder sobre los protectores al ofrecerse, por añadidura, cual compañeros sexuales.

b) Los compañeros sexuales pueden acrecentar su poder sobre las parejas al ofrecerse, además, cual objetos de pupilaje.

c) Los compañeros sexuales pueden acrecentar su poder sobre la parte contraria al reprimir la propia sensualidad e imponer así a sus parejas una dependencia sexual unilateral.

Presupongamos que la persecución del poder es una tendencia humana muy generalizada y que los tres bloques dominantes intentan incrementar su poder mediante la manipulación del impulso procreador y de la crianza. Pues bien, ¿cuál de esos tres grupos -niños, hombres, mujeres- se encontrará en condiciones más ventajosas para alcanzar tal objetivo?

Los niños sólo podrían acrecentar su poder teóricamente ofreciéndose a sus protectores como compañeros sexuales. Sin embargo, ello no sería factible porque la sexualidad requiere madurez del sexo. Por consiguiente, los niños dominan únicamente a sus tutores valiéndose del impulso protector, con lo cual este poder tiene unas limitaciones biológicas. Los hombres s61o podrían acrecentar su poder teóricamente reprimiendo su propia sensualidad, por cuyo medio impondrían una dependencia sexual unilateral a las mujeres. Pero como son casi siempre superiores física y mentalmente a sus compañeras, consiguen muy raras veces activar en beneficio suyo el impulso protector de éstas. Por tanto, el poder absoluto de los hombres sobre las mujeres tiene lugar tan s61o en casos excepcionales.

Las mujeres sólo podrían acrecentar su poder teóricamente reprimiendo su propia sensualidad, por cuyo medio impondrían una dependencia sexual unilateral a los hombres. Pero como son casi siempre inferiores física y mentalmente a sus compañeros, pueden

atraer hacia sí el impulso protector masculino. Por tanto, ellas son las únicas personas en condiciones favorables para ofrecerse a otras como objetos de pupilaje y compañeras sexuales, como seres subordinados y polarizantes. Asimismo, representan el único de los tres bloques dominantes con posibilidades para dominar totalmente a otro, el masculino Mientras todos los seres humanos se afanan por acaparar poder, sería absurdo suponer que las mujeres renunciasen mansamente a tal oportunidad.

EL PODER DEL MAS DÉBIL

Según dijimos, un objeto de pupilaje debe ser inferior y similar. Así, pues, cuando una mujer pretenda ganar los privilegios inherentes al objeto de pupilaje, sólo podrá conseguirlo si se cumplen las dos premisas siguientes: necesita ser más débil que el hombre cuya protección persigue y, también, debe tener menos inteligencia. Cuando no se den tales premisas, será preciso simularlas por lo menos. La otra condición -similitud física con el protectores inalcanzable para la mujer. Por tanto, ésta deberá ofrecerse al hombre elegido cual una especie de niño ficticio, como un objeto incompleto de pupilaje. Ello 'significa que procurará convertirse en objeto del altruismo masculino.

La mayor dificultad durante esa manipulación de los impulsos consiste en dar la impresión de debilidad física ante el protector potencial. Pues, por lo general, la mujer es una estructura humana bastante sólida: con sus opulentos senos, anchas caderas y macizos muslos se asemeja más a las matronas de Picasso que a esas exquisitas maniquíes de las páginas publicitarias en las revistas ilustradas. Por añadidura, las mujeres son más resistentes que los hombres: según las estadísticas, el índice de mortalidad infantil alcanza cifras mucho más elevadas entre los niños que entre las niñas, y aunque el cuerpo femenino sufra 'durante la menstruación, el embarazo y la lactancia mayores deterioros que el masculino, las

mujeres de países civilizados viven, como término medio, cinco años y hasta siete más que el hombre.

Así, pues, la inferioridad biológica de la mujer es una cuestión muy relativa: se manifiesta en la fortaleza muscular pero, aparte eso, resulta imperceptible. Por consiguiente, para poder manipular los impulsos, es necesario exagerar hasta el grado máximo esa insignificante inferioridad y, por el contrario, minimizar la superioridad en los restantes sectores biológicos. Si las mujeres no transportaran, levantaran ni empujaran grandes pesos en presencia de los hombres, su peculiar debilidad resaltaría siempre bajo una luz apropiada. Si lloraran con oportunidad, se pensaría que su sistema nervioso es más endeble. Si se arrebujaran en delicadas prendas y, utilizando sabiamente el maquillaje, adoptaran un aspecto enfermizo, se las creería al borde del desmoronamiento físico. En fechas no muy lejanas todavía se incorporaba el desvanecimiento fingido a esa representación teatral. Resumiendo: mostrándose así, preferiblemente en compañía de hombres más altos y mayores que ellas, conseguirán realzar su fragilidad ficticia. Por consiguiente, todo estriba en exagerar cuanto sea posible la diferencia ya existente de fuerzas entre el elemento protector y el protegido. Mientras tanto, el proveedor desconoce la superior resistencia física de su mujer, y fenece cuando está a punto de descubrirla. Por ejemplo, las viudas americanas suelen morir, como promedio, once años después que sus sustentadores.

EL PODER DEL MAS LERDO

Ahora bien, la mayor sinecura de una mujer en esa pugna por gobernar el impulso protector masculino, es su inferioridad intelectual. La diferencia muscular no bastaría nunca por sí sola para convertir a una mujer determinada en objeto de pupilaje de un hombre determinado. Aunque se esforzara lo indecible, conseguiría, si acaso, aparecer ante él tan desvalida como un chino ante un sueco…, y esto no es suficiente, ni mucho menos, para proporcionar a una persona adulta los privilegios propios de un niño. Una mujer s61o resultará irresistible cuando sea más débil que su marido y, por añadidura, menos inteligente. Así, pues, una mujer dispuesta a dejarse alimentar, deberá procurar, ante todo, no aparentar inteligencia. Si posee tales dotes y las deja entrever por descuido, le convendrá ocultarlas, al menos mientras el marido no haya legalizado de puño y letra sus designios abastecedores.

Ello resulta sobremanera ventajoso, puesto que la exhibición de torpeza -contrariamente a la de inteligencia- no cuesta esfuerzo alguno Uno no se hace lerdo, uno permanece lerdo. Según se ha demostrado al nivel de la ciencia contemporánea, el hombre sano y la mujer sana, sean pobres o ricos, negros o blancos, nacen con idénticas facultades intelectivas. El desarrollo de tales facultades puede paralizarse por falta de estímulo o por una competencia insuficiente. El primer caso es una consecuencia de la pobreza y tiene lugar entre las clases sociales menos favorecidas. El segundo

es consecuencia del lujo y tiene lugar entre las mujeres. El matrimonio significa siempre que el marido debe sustentar a la esposa, y como casi todas las mujeres ponen sus miras, incluso antes de la pubertad, en una futura solución matrimonial, quedan al margen de toda competencia desde un principio. Ellas saben que más adelante no necesitarán hacer nada y, por tanto, tampoco aprenden nada.

No obstante, las mujeres de tiempos pretéritos eran más propensas todavía que las coetáneas al cultivo de su inferioridad intelectiva. Como casi todas las tareas extradomésticas» requerían aún gran esfuerzo físico -pues se vivía aún de la caza, se solventaban los litigios con la espada y cada cual se construía su propia vivienda-, es lógico inferir que fuera el hombre y no la mujer quien compitiera y se viera obligado a desarrollar su intelecto mediante la experiencia. La mujer estaba ligada al hogar, la prole era numerosa -no había ninguna posibilidad de controlar la natalidad y, por tanto, una mujer estaba encinta durante la mayor parte de su vida-, y, en definitiva, resultaba casi imposible confundir las misiones laborales de hombres y mujeres.

Pero esa situación ha evolucionado lo suyo de entonces acá. En los países industrializados son ya muy escasas las tareas que precisen un rendimiento físico inaccesible para la mujer, se regulan o evitan los embarazos -con el consiguiente empequeñecer de la familia-, y los hombres pueden atender también al lactante desde el invento de la leche materna artificial. Dicho con otras palabras: hoy día, cualquier mujer puede alimentar a su marido e hijos -tal como se cuida un hombre de su esposa y prole- y competir en muchos campos con otros proveedores hasta el punto de posibilitar la equiparación entre ambos sexos. Los dos o tres embarazos sufridos como promedio por una mujer según rezan las estadísticas, no comportan inconveniente alguno; sólo significan que deberá interrumpir sus actividades sustentadoras durante cuatro semanas,

aproximadamente, dos o tres veces en su vida. No justifican siquiera la necesidad de ahorrarle el servicio militar: a decir verdad, hombres y mujeres podrían compartir prácticamente todos los cometidos de nuestro tiempo. Siendo así, cuando una mujer quiere conservar la inferioridad intelectual y, por ende, estar más necesitada de protección que su compañero -lo cual suele ser el caso, evidentemente-, debe recurrir a un ardid. Como no puede enfrentarse con el hombre y decirle sin rodeos que, por ser el más fuerte, le corresponde sentarse cada día ante el escritorio para mantenerla, procura educarlo de tal forma que jamás se le ocurra invertir esos términos colocándole a ella ante el escritorio para mantenerlo. aun hombre auténtico alecciona a su hijo- es el que se cuida de esposa e hijos… Como los hombres no son educadores de la progenie, les resulta imposible tomarse el desquite e inculcar todo lo contrario a sus hijas. De ahí que las hijas sigan siendo más lerdas que los hijos.

El único intento realizado para proporcionar trabajo extradoméstico a las mujeres y promover así su desarrollo intelectivo, proviene de las feministas. "Una mujer auténtica -dicen éstas al auditorio femenino- debe propulsar su propia evolución. Y sólo podrá hacerlo cuando trabaje fuera de casa como el hombre". Pero esa treta es demasiado burda para que las mujeres se dejen convencer. Porque las mujeres son, sin duda, bobaliconas, aunque no tanto como suponen las feministas. Trabajar "a semejanza de los hombres", seria trabajar con la finalidad de procurar el sustento para toda una familia. Ahora bien, ambos compañeros no pueden trabajar simultáneamente: cuando llegan los niños ha de hacerlo el o ella. Hasta esas fechas, las mujeres han evitado siempre con éxito que sea ella: aun cuando se les venga dando acceso a todas las profesiones desde hace medio siglo, se conocen hasta ahora muy pocos hogares en donde una mujer haya optado por dedicar toda su vida a procurar sustento para un marido sano y la progenie. Cuando una mujer mujer decide trabajar hoy día, lo hace dejándose guiar por una de estas tres motivaciones: es soltera, o, si está casada, su

marido no gana lo suficiente, o, simplemente, desea distraerse un poco (relacionare con la gente.). Y, como en cada caso, llega raras veces a una auténtica competencia, su inferioridad intelectiva se mantiene intacta. El hecho de que casi todas las mujeres profesionales ocupan cargos subalternos no es imputable a "la opresión del sexo femenino por el masculino", sino a la ociosidad de tantas mujeres que sólo quieren trabajar temporalmente y, por consiguiente, aceptan si acaso un adiestramiento preliminar deficiente cuando no rechazan toda instrucción. Nadie confía gustoso cargos de responsabilidad a mujeres que sólo conceptúan su profesión cual un intermezzo entre los años escolares y el matrimonio. Esto es también aplicable a quienes entienden la actividad profesional como un "hobby" porque no necesitan el dinero. En tales casos, sus colegas masculinos son más fiables, pues, para ellos, la cuestión reviste mucha seriedad.

Desde luego, ese lamentable cuadro perjudica a las escasas mujeres laboriosas, pero aquí la culpa no es de los hombres, sino de la gran masa femenina. ¿Cómo puede saber un empresario que se halla ante uno de esos casos excepcionales, una mujer que ejerce seriamente su profesión y no se propone abandonarla a la primera oportunidad? Aunque aquellos viejos tiempos pasaron hace mucho a la historia, el monopolio de pechos y vagina I sigue permitiendo que la mujer elija como le plazca su nivel intelectual. Una mujer es lerda porque quiere serlo, un hombre es inteligente porque necesita serlo. Dicho de otra forma: una mujer es un hombre que no necesita ser hombre; un hombre es una mujer que no puede ser mujer. Si los hombres poseyeran la misma facilidad de las mujeres para tomar determinaciones, continuarían siendo tan lerdos como ellas. Algunos hombres desconocen ese nexo entre causas y efectos y desprecian a las mujeres por su torpeza. Esto es comprensible. ¿Acaso deben confesarse que ellos mismos son más inteligentes simplemente porque de otra manera serían inútiles para los fines de las mujeres?

A la mujer le beneficia en el curso de sus manipulaciones que la torpeza no represente una ofensa para ella: pues podría ser inteligente si lo quisiera. He aquí una clara demostración: la mujer no se esfuerza por encubrir su inferioridad intelectiva, sino que incluso alardea de ella para atraer hacia sí el impulso protector del hombre. Sólo a las mujeres con una excepcional escala de valores masculinos les resulta imposible soportar que se las tenga por innecesarias. Ahora bien, tales mujeres son casos excepcionales, pues, sin duda, deben de haber sido educadas por sus padres, es decir, deben de haber tenido una madre que se habrá ocupado de sustentar durante diez años como mínimo a su esposo e hijos.

LA PAREJA IDEAL

El ser objeto de pupilaje de un hombre Significa confiarse a sus cuidados…, significa seguridad material. El ser compañera sexual de un hombre significa hacerse codiciar por él…, significa sensualidad. Partiendo de ahí y considerando que casi todas las mujeres eligen hombres superiores a ellas, parece permisible hacer este aserto: la mujer aprecia la seguridad más que la sensualidad y atribuye más importancia al altruismo de su marido que al amor. Quizá sea una casualidad que las mujeres prefieran tratar con hombres superiores a ellas por su estatura y fortaleza, pues casi todos los hombres son algo más altos y fuertes que casi todas las mujeres.

Asimismo podría ser casual que las mujeres prefieran tratar con hombres superiores a ellas en conocimientos, pues casi todos los hombres necesitan saber más que casi todas las mujeres, porque así se lo exige la lucha por la existencia, una pugna en donde no suele participar la mujer. Sin embargo, no es una casualidad que las mujeres traten preferentemente ion hombres de edad superior a la suya. Y tampoco es casual que en una pareja se perfilen y distingan entre si esas cualidades: esposa más menuda y débil, más lerda y joven; marido más alto y fuerte, de mayor edad e inteligencia. La pareja ideal -una pareja en la que el hombre supera en todos los terrenos a la mujer- es una creación femenina. Si las mujeres tienen el poder, poseerán también la facultad de elegir. Aquí ocurre como en el mundo de los negocios: los hombres hacen sus ofertas, las mujeres escogen la más conveniente. Si eligen a un hombre superior, asegurarán para siempre su manutención. Si eligen a uno inferior, se

darán dos circunstancias negativas: primera, él no podrá mantenerlas tan bien como el otro, y, segunda, tampoco querrá hacerlo porque su compañera no le parecerá suficientemente necesitada de protección.

Los muchachos endebles y de escasa talla saben, ya en la pubertad, cuán difícil es encontrar una amiga o novia. Y, cuando alcanzan la edad adulta, ven confirmada definitivamente su inferioridad. Entonces necesitarán apuntarse muchos éxitos profesionales si quieren conquistar a una mujer atractiva. Quizá sea éste el motivo de que se atribuya al hombre pequeño una medida extraordinaria de ambición y dinamismo. Los hombres marcados por la extrema sencillez o el fracaso profesional no conquistan jamás mujeres superiores a ellos en el plano intelectual o profesional. Cuando una mujer se casa, asciende siempre la escala social; si lo hace un hombre, desciende invariablemente algunos peldaños de esa escala. Los médicos contraen matrimonio con enfermeras; las doctoras en Medicina suelen casarse con médicos jefes, pero no optan jamás por los enfermeros.

Los directores comerciales se casan con sus secretarias, las mujeres que ocupan altos cargos empresariales prefieren conservar el celibato antes que ir a un "casorio" con el ayudante de su antedespacho. Incluso las jóvenes profesionales no creen tener suficiente con hombres de posición similar. Una azafata se casa con algún piloto o comerciante, pero en sus cálculos matrimoniales jamás figura un Steward o camarero. Las elegantes encargadas de una boutique no pensarían, ni en sueños, desposarse con sus colegas de la moda masculina. "Un hombre debe estar en condiciones de protegerme" reza el lema. Y eso sólo puede hacerlo un sujeto cuando sea más alto, fuerte e inteligente…, "cuando sea posible mirarle de abajo arriba".

Buena prueba de que las mujeres se ofrecen como niñas a los hombres, es la diferencia de edades entre ambos cónyuges. hes, aunque no haya razón alguna para que las mujeres no enmariden con hombres más jóvenes, las casadas son, generalmente, cuatro años

menores, por lo menos, que sus consortes. Sin embargo, lo contrario sería más racional desde un punto de vista biológico. Si, como se ha comprobado, las mujeres viven cinco o siete años (según cada país) más que los hombres, deberían buscar esposos más jóvenes para evitar en la vejez esa soledad cuya duración oscila entre los nueve y once años. Puesto que la capacidad femenina para el orgasmo subsiste prácticamente hasta la muerte -al decir de Masters y Johnson- mientras la masculina se agota entre los sesenta y setenta años, las mujeres no necesitarían renunciar al acto sexual durante una gran parte de su vida si se casaran con hombres más jóvenes que ellas. Sin embargo, esa circunstancia causa poca impresión en la mujer, pues como ella no busca un amante, sino un proveedor, prefiere elegir a los hombres de más edad. Un individuo de treinta años puede mantenerla mejor -aquí se sobrentiende el mantenimiento en su más amplio sentid* que un bachiller. Si acaso se podría utilizar al bachiller como amante, pero sin prescindir del proveedor. Para ello es condición indispensable que el proveedor ignore todo: de lo contrario podría perder el gusto por el trabajo.

Se comprende cuán importante es para las mujeres ese papel infantil protagonizado voluntariamente si se considera que muchas empiezan a dar datos falsos sobre su edad cuando no han cumplido todavía los treinta años. El falseamiento de la partida de nacimiento por parte de la mujer se ha generalizado tanto que, en muchos países, no se persigue ya judicialmente. Cualquier hombre sabe que el preguntar la edad a una señora es muestra de pésimos modales. Por añadidura, sería desatinado: porque si lo hiciera se le amonestaría o mentiría.

Muchas empresas comerciales acostumbran publicar listas con los cumpleaños de cada colaborador, para que todo el mundo pueda felicitar al interesado cuando llegue el momento: pues bien, en el caso de las empleadas, se suele indicar el día y el mes, pero se sustituye el año por tres puntos. Naturalmente, aquí hay lugar también para otra explicación: una sociedad inmisericorde -dicen las

feministas- impone esa maniobra a las mujeres. Pero, ¿por qué sólo a las mujeres y no también a los hombres? Sin duda, una mujer que pretende hacerse pasar por niña, está obligada a mantener una eterna juventud. Si se afana por rejuvenecerse y mostrar así la juventud ante los hombres cual la más valiosa cualidad femenina, no acatará un dictado implacable de la sociedad, sino que, más bien, desacreditará a aquellas mujeres de mayor edad o apariencia similar que, en definitiva, constituyen una parte nada despreciable de esta sociedad nuestra. El hecho adicional de que una actitud semejante desprestigie a su propio sexo, merece tan sólo una observación marginal. Eso no le preocupa. Pues si a las mujeres les importa muy poco el ser conceptuadas cual inferiores mentales entre los hombres, aún les importa menos figurar como insinceras. En su escala de valores, la sinceridad ocupa un peldaño ínfimo, justamente el asignado a la inteligencia. Aquí sólo interesa hacerse pasar por desvalidas, pues el desvalimiento es una propiedad que activa como ninguna otra el impulso protector masculino. Las mujeres no tienen pundonor ni lamentan esa carencia.

LA ADOPCIÓN

En contraste con los hijos naturales de cuya protección se ocupa uno espontáneamente, las mujeres son, tan sólo, objetos incompletos de pupilaje. El hombre las protege fundándose en un conocimiento superior: primero necesita tener la certidumbre de hallarse ante un ser indefenso. Por consiguiente, toda mujer debe competir con cualquier otro objeto incompleto de pupilaje. Huérfanos, enfermos, ancianos, alienados, menesterosos, cachorros y gatos extraviados están mucho más necesitados de amparo que las mujeres. Por ello, el problema primordial consiste en apartar todo lo posible al hombre de esos objetos desamparados para hacerle satisfacer exclusivamente con las mujeres su ávido impulso protector.

Ello no es tan difícil como pudiera parecer a primera vista: según suele decirse, casi todos los seres humanos practican el altruismo cuando media una recompensa…, bien sea dinero, prestigio social, un remedio a su soledad o vida eterna. Cuando las mujeres proponen una interesante retribución a cambio del amparo solicitado, pueden contar sobre seguro con el altruismo masculino. Y eso es precisamente lo que hacen. Son los únicos objetos incompletos de pupilaje en condiciones de satisfacer el segundo impulso social del hombre: el instinto sexual. Según cree el sujeto masculino, dicha retribución eclipsa a todas las recompensas imaginables.

Ahora bien, una mujer que se ofrezca sin rodeos como objeto incompleto de pupilaje no podrá ser nunca una compañera sexual

completa, pues, aun siendo parte complementaria de su consorte, le faltará el nivel intelectual necesario para desempeñar cabalmente semejante función. Pero como un hombre encuentra raras veces la compañera sexual perfecta -una mujer del mismo nivel intelectual y de apariencia muy femenina-, no tiene opción alguna. Si no quiere quedarse con las manos vacías deberá aceptar el altruismo en lugar del amor filial, y el amor juicioso en lugar del sexual. Para conservar algo, aun cuando sea poco, se conformará con una simulación: objeto de pupilaje y compañera sexual a medias, mitad niña y mitad mujer. desde luego, no es la amante de mis sueños -se dirá-, pero, por lo menos, puedo dormir con ella, y además… la pequeña estaría tan indefensa sin mí!» Verdaderamente, la mujer no se le asemeja lo suficiente para ser su hija…, aunque, de todos modos, su inferioridad física e intelectiva resulta evidente. Por otra parte, no tiene bastante inteligencia para ser una auténtica compañera sexual, y, sin embargo, su apariencia es distinta, no cabría imaginar nada tan opuesto a él.

Apliquémonos con otras palabras: el hombre prefiere representar un papel paternal improcedente respecto a una persona adulta cuyo cuerpo le sirva ocasionalmente para calmar su apetito sexual antes que renunciar por completo a la satisfacción de los dos impulsos sociales más importantes. Como no encuentra la esposa idónea, acepta cualquiera de las mujeres que ofrecen diariamente numerosos padres para la adopción, y se compromete, mediante una ceremonia, a velar por su bienestar ocupando el lugar del progenitor. Nada parece sorprenderle, y quizá permaneciera impávido si oyese esta pregunta en boca del sacerdote o de la autoridad secular civil: ¿Acepta a "esta mujer" como hija? Lo principal es que la muchacha vestida de blanco, con su ramo en las manos, dé rápidamente el sí… y asunto concluido. Como él sabe muy bien, todo culminará con una adopción; la niña reconocerá al nuevo padre, llevará su apellido en adelante y vivirá de su dinero. Además, representará ocasionalmente el papel de amante por si su consorte tuviera la ocurrencia de seguir

buscando mujeres. Una vez nacido el primer objeto auténtico de pupilaje se consolidará tanto el poder de la «hija adoptiva que las temibles probabilidades de perder al padre en favor de una mujer genuina serán relativamente ínfimas. Cada vez se descuidará más el papel de amante empleado al principio como señuelo y, un buen día, la presencia de los hijos será el único recordatorio de que durmieron juntos antaño.

EL PODER DEL MAS INDIFERENTE

Cuando una mujer anteponga el papel de hija al de amante será ese primer paso lo que condicione verdaderamente el segundo. Una "hija" no debe manifestar en ningún caso excesivo interés sexual, pues, de lo contrario, resultaría inverosímil y perdería los privilegios infantiles. Así, pues, una mujer que pretenda pasar por objeto de pupilaje ante el marido necesitará, forzosamente, reprimir su instinto sexual. Deberá estar en condiciones de manejar la sexualidad para beneficio propio, es decir, con un hombre que se le antoje adecuado como padre, no con uno que perturbe y enardezca sus sentidos. Y si las circunstancias lo requieren, deberá rehusar todo trato carnal mientras él no la adopte o deje entrever sin ambages su designio de adopción. El ver un compañero sexual en ese hombre implicaría el fin de su poder. Entonces ella no tendría ya ganas de apelar a su impulso protector -pues, ¿qué puede hacerse con un amante deseoso de ampararla?-,mientras que su instinto sexual la haría depender de él tanto como él dependería de ella.

Según hemos dicho, el permanecer lerda es puro lujo y no cuesta esfuerzo alguno. El permanecer indiferente requiere bastante dominio sobre sí mismo, pero, evidentemente, la mujer opina que vale la pena hacer tal sacrificio.

Así como hombre y mujer nacen con idénticas facultades intelectivas, idéntico instinto de conservación e idéntico impulso protector, llegan también al mundo con los mismos requisitos para

una vida sexual activa. Sin embargo, les es posible condicionar el placer de la sexualidad: monjas y sacerdotes nos ofrecen un buen ejemplo de ello. Ahora bien, las monjas, siendo mujeres, inician el adiestramiento mucho antes que sus colegas masculinos, por lo cual los deslices y escándalos son bastante más raros entre ellas.

Respecto a las restantes mujeres, no hay necesidad, ni mucho menos, de una abstención completa…, por el contrario, la frigidez absoluta sería incluso perjudicial, pues podría habituarlas a rechazar de plano lo sexual hasta no utilizarlo siquiera en el trueque para arrogarse los privilegios inherentes al objeto de pupilaje. Una encuesta pública realizada no hace mucho entre varios millares de italianas pertenecientes a todos los estamentos sociales, (Doxa, Roma 1974) reveló con cuánta facilidad puede conducir el condicionamiento del instinto sexual a la frigidez. Cuando se les pidió su opinión sobre la sexualidad, resultó que el 36 % de dichas mujeres, cuyas edades oscilaban entre veinte y cincuenta años, no mostraron el menor interés en el coito matrimonial, y declararon no tener inconveniente en renunciar a él. Tal medida de indiferencia sexual es excesiva y algo perturbadora. Aquí sólo importa ser el más indiferente de ambos cónyuges…, pues el poder corresponderá siempre a quien tenga el instinto sexual más debilitado.

Hoy día, la frigidez parcial no comporta ya desventajas. Antaño, una mujer fría abandonaba la cama sin orgasmo, hoy su compañero debe compensar ese anhelo insatisfecho. En la era de los playboys, un hombre sólo puede vanagloriarse de ser un perfecto amante cuando procura que una mujer frígida o, para expresarlo con otras palabras, una mujer que no lo desea, alcance la acmé. Numerosos prontuarios populares describen el procedimiento. Aun cuando sea posible hacer alcanzar la acmé a cualquiera -inclusive a la mujer- mediante un estímulo exclusivamente mecánico, el hombre moderno sigue interpretando todavía el empleo eficaz de tal o cual técnica como una muestra de su atractivo.

Desde luego, aquí cabría preguntarse si el trueque de los amantes por los padres resulta verdaderamente provechoso para las mujeres. Sin embargo, tal pregunta no tendría sentido: las numerosas mujeres que se casan cada día con hombres de mucha más edad -e incluso con homosexuales- dan la callada por respuesta. Sin duda, habrá motivos para que mujeres jóvenes se unan con hombres sexagenarios, pero la sexualidad no puede figurar entre ellos. Un sesentón no reúne ya las condiciones fisiológicas estrictas para- satisfacer el apetito sexual de mujeres normales con edades comprendidas entre veinte y treinta años. Si, no obstante, lo consigue será preciso pensar que ese apetito no existe, o sea que la culpa es de ella y no de él. Entre los hombres está muy generalizado el criterio de que la experiencia sexual aumenta el atractivo masculino, lo cual encuentra siempre una confirmación aparente cuando algún caballero maduro y acomodado conquista el corazón de una muchacha. Ello está desprovisto de todo fundamento auténtico.

Una prueba ostensible de que las mujeres constituyen el sexo más indiferente, es el fracaso de la prostitución masculina. Los escasos burdeles para mujeres instalados recientemente en diversas urbes son cada vez más frecuentados por homosexuales… por falta de clientela femenina. Ello no significa, claro está, que no haya mujeres tan interesadas en el sexo como un hombre corriente. Sin embargo, estas mujeres encuentran ofertas por doquier, no necesitan visitar el burdel, viven prácticamente en él.

Ahora las feministas afirman que la mujer burguesa no acude al burdel porque le da vergüenza. Pero, hasta ahora, es precisamente la mujer burguesa quien se ha avergonzado menos cuando se trata de satisfacer sus deseos. Bástenos recordar las numerosas mujeres de los estamentos sociales medio y superior que corretean por esas callejas arrebujadas en confortables abrigos cuyas pieles han sido obtenidas de una forma bárbara. Los periódicos informan

invariablemente cada año sobre las tremendas matanzas de focas. El codiciado astracán de garras se confecciona con las pieles de corderos nonatos Caracul, es decir, mediante el brutal procedimiento de provocar el aborto en la oveja preñada. Se cometen tales atentados por docenas para elaborar un solo abrigo. Pues bien, cuando una persona ha aprendido a costa de su propio cuerpo el significado de la preñez y, no obstante, se adorna sin reparo con las pieles de animales nonatos, sería desatinado pensar que esa misma persona se avergüence de visitar un burdel para saciar el apetito absolutamente natural de la sexualidad.

LOS PADRES SON IMPOTENTES

Los hijos no quieren a sus padres, sólo buscan su protección: los necesitan, e incluso algunas veces los encuentran simpáticos. Cuando el padre y la madre saben dar a la satisfacción de su impulso protector la aureola de la abnegación, llegan a disfrutar del remordimiento y el agradecimiento filial. Sin embargo, eso no es amor, ni debe serlo: si los hijos quisieran a sus padres tanto como en el caso inverso, la vida se paralizaría, pues ellos querrían permanecer para siempre a su lado. Por regla general, el hijo abandona lo antes posible a los padres y busca su propio objeto de pupilaje. Muchos hijos no retornan nunca más y, si lo hacen, es para cumplir alguna obligación ineludible.

Los hijos sólo pueden querer verdaderamente a los padres cuando éstos envejecen y quedan desvalidos. Cuando concurren la endeblez física, la inferioridad intelectiva y la similitud, un hijo adulto podrá querer a su anciano padre cual un objeto genuino de pupilaje. Entretanto, el amor paterno ha pasado al olvido: el objeto de pupilaje acepta a cualquiera que desee cuidarlo. Si otro le ofreciera mayores atenciones, permitiría que le cuidara esa otra persona, y asunto concluido. Ahí no se invierten grandes sentimientos: lo máximo que cabe esperar es una cierta lealtad. Porque, en este caso, se trata únicamente del instinto de conservación del protegido, y un impulso semejante es esencialmente asocial. Si estuviera fijado sobre una

determinada persona, el protegido perecería si a esa persona le ocurriera algo.

Por consiguiente, si un hombre decide casarse con una mujer inferior a él - "adoptar una mujer" -, deberá saber desde un principio que no puede esperar ningún sentimiento afectivo de ella, salvo simpatía y agradecimiento. Pues, a decir verdad, una mujer se encuentra en situación más ventajosa todavía que una niña: no es, ni mucho menos, una niña auténtica, y si quisiera podría valerse por sí sola como un hombre. El hecho de que, no obstante, se deje aprovisionar por su marido es una deferencia personal y, como tal, se la puede invalidar en cualquier momento. De ahí que ella presente demandas singulares: el aprovisionamiento ofrecido debe ser excepcional, pues, de lo contrario, contratará a otro proveedor o, si las circunstancias lo requieren, se mantendrá por sus propios medios. A diferencia del padre auténtico, el padre adoptivo de una mujer, al envejecer, no se convertirá jamás en objeto genuino de pupilaje para su hija ficticia. Todo cuanto puede esperar es la situación del objeto incompleto de pupilaje…, es decir, si tiene suerte, podrá disfrutar, con el tiempo, del altruismo femenino.

Como *recompensa*, él legará su patrimonio y la mensualidad que se le pagará puntualmente a ella después de su muerte. Una vez fallecido, la mujer le sobrevivirá -según rezan las estadísticas- seis años aproximadamente, más los que representaban la diferencia de edades.

Prescindiendo por una vez de la mujer, cabría aducir que un protector, es decir, quien tiene a su cargo el aprovisionamiento de la pupila, podría coaccionarla cuando le viniera en gana. Y, sin embargo, eso es precisamente lo que no puede hacer. Si pudiera, habría comenzado por cortar el aprovisionamiento. Al fin y al cabo, el trabajar para otros no es un placer. En verdad, el impulso protector es algo tan elemental que nadie puede sustraerse a él. Ni las propias mujeres han conseguido dominarlo hasta ahora. Tan sólo en su caso

la satisfacción del impulso protector está asociada raras veces con grandes fatigas, Aun cuando fueran ellas quienes desearan tener hijos -pues el hombre tiene ya suficiente prole con su esposa-, el encargado de sustentarlos sería siempre el marido. El impulso protector es polivalente, lo cual significa que el ser humano puede tener varios objetos de pupilaje a un tiempo. Cuando nace el primer objeto auténtico de pupilaje, la esposa pasa a ser simplemente la hija primogénita de su marido. Una mujer con hijos tiene doble ventaja: satisface su impulso protector y, al propio tiempo, se asegura el propio aprovisionamiento sobre una base más sólida todavía. Siendo madre de auténticos objetos de pupilaje es preciso abastecerla, aunque ya no parezca tan indefensa como debería requerirlo ese papel.

El poder del hijo sobre sus padres -el poder del más débil sobre el más fuerte en términos biológicos- es una ley natural. Puesto que los niños pequeños no pueden procurarse todavía el sustento, perecerían si no ejerciesen ese poder sobre los sentimientos del adulto. Es muy natural que.los padres se precipiten hacia casas en llamas o se mojen a ríos de corriente violenta si sus hijos se hallan en peligro. Asimismo se ha hecho natural que los hombres vayan a las guerras por sus mujeres. Pues el hombre que representa el papel de padre con su esposa, es impotente ante ella.

LA IMPOTENCIA DEL AMANTE

Si el hombre quisiera, por su parte, ejercer poder sobre la mujer, tendría sólo un recurso: siguiendo el ejemplo femenino, debería condicionar su instinto sexual. Si lograra mostrarse tan indiferente como la mujer, ésta no podría ya engatusar con el sexo a un proveedor. No tendría poder sobre él como compañera sexual, porque el hombre dependeria tanto o tan poco de ella como ella de él. Si los hombres practicaran provisionalmente la abstinencia, conseguirían incluso normalizar hasta cierto punto el instinto sexual femenino. Y, entonces, quizás algún día, las mujeres los codiciaran tanto como ocurre hoy a la inversa. Desde luego, el hombre aún no ejerciera un poder absoluto sobre la mujer -pues sólo seria su objeto de pupilaje en casos muy excepcionales-, pero sí se aproximaría considerablemente a la equiparación.

Sin embargo, los hombres han capitulado de antemano frente a la desorbitada indiferencia femenina, o, por lo menos, nos da esa impresión. Verdaderamente, no puede decirse que las mujeres tengan reparos en hacer pública su frigidez. Antaño solían declarar: "Los hombres quieren siempre lo mismo". Lo que equivalía a decir que ellas no "le" atribuían valor alguno, sino, más bien, "lo" despreciaban. son todavía más explícitas: los combativos periódicos feministas hacen entusiásticos panegíricos de ciertos científicos como si fueran astros cinematográficos. Estos han demostrado que las mujeres pueden tener hasta cincuenta orgasmos diarios y los

hombres sólo cinco como promedio, que las mujeres alcanzan fácilmente la acmé a los noventa años, mientras que los hombres sexagenarios encuentran grandes dificultades para lograrlo. Semejantes noticias aterrarían a cualquier ser humano con una libido normal: es algo así como si se anunciara el racionamiento del agua potable o del oxígeno respirable. Pero las mujeres sólo ven en ello un triunfo adicional del principio femenino.

Hoy prospera en los Estados Unidos un movimiento que ha inscrito sobre sus banderas el lema del separatismo sexual: según parece, las mujeres infunden ánimos unas a otras con objeto de no tolerar nunca más el humillante coito. No es casual que Lisístrata perteneciera al sexo femenino: un hombre habría renunciado apenas realizado el primer intento. Para Lisístrata aquello significo, tan solo, el endurecimiento pasajero de un chantaje practicado cada día. La renuncia a toda sexualidad, sobre todo favorece una "causa justa" no representa ningún sacrificio para las mujeres.

Ante una argumentación tan contundente, cualquier hombre razonable comprenderá que, pese a los mejores propósitos para dominar su libido, no podrá llegar jamás tan lejos como una mujer corriente. Puesto que le resulta tan difícil alcanzar la libertad total, opta por la esclavitud total en lo sucesivo y agrega, como si tal cosa, la impotencia del amante a la del padre. Puesto que no puede dominar a su mujer, la coloca inmediatamente sobre un pedestal y le implora clemencia de una forma desenfrenada. Ciertamente, a veces logra satisfacer -según veremos más adelante- sus dos impulsos sociales más importantes con dos mujeres distintas y repartir así su dependencia entre dos personas. Pero ambas son femeninas: por tanto, seguirá dependiendo unilateralmente de la mujer en sí, del sexo femenino.

Para salvar su dignidad, ha dado al hecho de que él persigue a la mujer, -y ésta, sin embargo, lo acecha raras veces, una denominación halagadora con arreglo a su escala de valores:

agresividad masculina La agresividad masculina consiste en hacer una propuesta de ayuntamiento carnal a la mujer codiciada y esperar pacientemente hasta que ésta responda con un si o un no rotundo. Los hombres hábiles y discretos pueden acrecentar sus probabilidades mediante la dispersión: si presentan simultáneamente su proposición a varias mujeres, será mucho mayor la posibilidad de una respuesta positiva, si las circunstancias lo permiten. Los hombres partidarios de tal método se hacen famosos como individuos particularmente agresivos. Ellos mismos se han vedado la verdadera agresividad -violación de la mujer- por los conductos legales. El desorbitado entusiasmo femenino, a veces casi histérico, ante las personificaciones del sexo masculino -digamos famosos actores o cantantes- parece desmentir todo lo dicho y, sin embargo, esos símbolos del sexo masculino tienen siempre un denominador común: su inasequibilidad para las mujeres que los codician. Aquí sí se puede dar, rienda suelta a la libido, pues no hay el menor riesgo de que la concupiscencia tenga consecuencias negativas.

Los hombres asequibles son objeto de un examen minucioso e inmediato para calibrar sus aptitudes como padres adoptivos, aun cuando ese período de prueba tenga lugar con creciente frecuencia bajo la socapa de un apasionado idilio. Al soltero bien parecido y codiciable, cuyos esfuerzos para salvarse de las manifiestas ofertas resultan evidentes, le va bastante mejor aunque sólo aparentemente. Desde luego, se acuesta con más mujeres y consigue llevarlas a la cama antes que muchos otros; ahora bien, cuando no hace una oferta de adopción en el tiempo más breve posible, pierde todas esas oportunidades para beneficio de los competidores y prohijadores potenciales. El gran consumo de compañeras sexuales que se atribuye a tales hombres, tiene una causa primordial: ninguna se queda mucho tiempo con ellos. Sobre todo, las mujeres realmente deseables, es decir, aquellas con medios suficientes para escoger, no pierden el tiempo. Tan pronto como se aseguran de que tal o cual hombre no las adoptará jamás, levantan el campo y se deslizan bajo

la sábana de un proveedor que no sólo "busca su propio placer·, sino que "la quiere de verdad".

Asimismo "el himeneo sin certificado de matrimonio" es casi siempre una adopción: la única diferencia consiste en que la protegida conserva su propio apellido al menos por algún tiempo. Justamente esta forma cada vez más popular de la planificación familiar evidencia el poder femenino: la mujer ha comprendido, al fin, que no es necesario, ni mucho menos, proporcionar una base jurídica a los designios del provisor. Todo lo contrario: precisamente mediante esa renuncia a la legalidad, un hombre puede sentirse más vinculado todavía con su compañera. Sin duda, él pensará que esa mujer, a diferencia de otras muchas conocidas suyas, se ha prendado tan sólo de su persona. Ahora bien, los objetos auténticos de pupilaje creados por esa unión llevarán en cualquier caso su apellido…, y casi parece ocioso decir que él proveerá a toda esa familia "ilegítima".

EL SEXO MAS DÉBIL ES EL MAS FUERTE

El instinto sexual y el impulso protector constituyen la base de aquellas estructuras cuyo poder tenga un origen biológico: quien necesite de otra persona (quien ame) para satisfacer uno o ambos impulsos, caerá en la dependencia. Quien pueda atraer hacia si las demandas de otro respecto a la susodicha satisfacción (quien sea amado), ejercerá poder sobre ese otro. El poder es la capacidad para convertirse unilateralmente en objeto de amor de otro ser.

Como ya hemos visto, sólo el sexo femenino está capacitado para convertirse en objeto de los impulsos masculinos sin tener que satisfacer sus propios impulsos con hombres. Las mujeres tienen hijos para satisfacer su impulso protector y, por otra parte, poseen tal dominio sobre su propio instinto sexual que no se exponen nunca a depender de los hombres. Así, pues, cuando se dice que un sexo gobierna al otro, ese sexo dominante sólo puede ser el femenino, jamás el masculino.

"La primera opresión social -dice una famosa sentencia de Friedrich Engels- es la opresión de la mujer por el hombre". Engels confundió la violencia con el poder. Cometió el error, como lo hicieran después muchos izquierdistas, de transportar sin discernimiento las estructuras autoritarias fundadas en la violencia física, al terreno de la pugna entre sexos. Engels creyó -sólo porque el hombre tiene

mayor fortaleza física- que el individuo masculino ejerce también poder sobre la mujer. Tal vez se pueda avasallar a una clase social mediante la fuerza física, pero nunca ejercer poder sobre un sexo.

En otras palabras: los opresores potenciales no son los más fuertes, sino los más desvalidos, y el tirano potencial no es el codiciador, sino el codiciado. Si casi todas las mujeres evidencian una inferioridad física e intelectiva, y si los hombres las codician más, entonces la primera "opresión social" no será la de la mujer por el hombre sino la del hombre por la mujer. Generalmente, a una mujer sólo le irán mal las cosas cuando su marido sufra descalabros desde mucho tiempo atrás. El poder femenino es la infraestructura de todas las estructuras del poder. Aquellos sistemas sociales cuyo dominio no se funde en la satisfacción de los instintos, sólo podrán ser superestructuras de dicha infraestructura… y sus dirigentes gobernarán siempre solamente esas pequeñas áreas a las que no atribuyen ningún valor los compañeros sexuales y los objetos de pupilaje. Un sistema que no respete el poder del sexo más potente estará condenado de antemano al fracaso: se quedarían sin partidarios. El poder del sexo más potente es incluso la premisa para que funcionen otros sistemas dominantes. Sin el asenso de la mujer, hubieran sido impracticables el fascismo, el imperialismo o la Inquisición. Si su dependencia de la mujer, los hombres no habrían I podido ser instrumentos de tales sistemas. Sólo un ser humano vinculado a otro por mediación de sus principales impulsos sociales -digamos un cabeza de familia- puede someterse a la violencia de algún sistema secundario verse obligado a cometer actos de terrorismo, fariseísmo y traición. El poder femenino contribuye al despotismo de otros.

Prelados, estadistas y dictadores conocen esa ley tácita. La acción política más importante de un gobernante consiste en cortejar y halagar a las mujeres. Ellos saben lo que se hacen: una vez se ganen el favor de las mujeres, captarán automáticamente a los

hombres. Mientras la Iglesia siga recomendando a la mujer cual objeto de pupilaje, logrará que el hombre inculque a sus hijos esa fe en el ser incorpóreo tan necesaria para su subsistencia. Mientras los políticos prometan lenitivos sociales para las mujeres, podrán mantener el servicio militar exclusivamente para hombres o jubilar a los hombres a una edad más elevada. Mientras los dictadores prescindan de ejércitos femeninos no tendrán dificultades para organizar sus guerras y movilizar a los reclutas masculinos.

La Iglesia solo se fortaleció verdaderamente cuando declaró digna de adoración a la mujer -tomando como referencia la Virgen María-, Y hoy día su dominio se mantiene intacto únicamente allá donde permanece intacto el culto mariano. Jesús descuidó la asociación con las mujeres, y cierta vez dijo a su Madre: mujer, que he de hacer contigo?. Asimismo, el apóstol Pablo, antifeminista, tuvo poca fortuna. Solamente con la institucionalización del objeto femenino de pupilaje se aseguro por fin, un inmenso auditorio para Cristo.

Consecuentemente, es muy posible que los grandes revolucionarios sociales hayan inventado la "mujer oprimida" con una habilidad táctica y traicionando sus propias convicciones. En páginas anteriores hemos afirmado que Engels confundió el poder con la violencia y, sin embargo… tal vez fuera todo lo contrario: quizás él percibiera ese poder femenino y lo movilizara deliberadamente para hacerlo contribuir al triunfo de su propio sistema.

Parecería extraño que precisamente unos hombres como Marx y Engels, Lenin y Mao, conocedores insuperables del medio proletario, creyeran seriamente que la mujer del trabajador lo pasaba peor que el propio trabajador…, es decir, parecería extraño si ellos no hubiesen sabido a ciencia cierta que la mujer del trabajador -no obstante su miseria y prolificación- se llevaba siempre la mejor parte de la inhumana existencia proletaria cuando comenzaba la industrialización. Si esos revolucionarios y otros muchos se proponían

mejorar el destino del proletariado, no tenían más remedio que asociarse con las proletarias y maniobrar como si la lucha se librara, ante todo, por su causa. Aquella táctica fue hábil y legítima pero… ¿cuánta confusión sembró en las mentes de los adeptos?

Asimismo, Adolf Hitler hizo suya esa táctica…aunque con designios muy distintos. Sin el apoyo de la "mujer alemana", un ditirambo inventado por él, jamás hubiera sido posible su marcha hacia la dictadura ni tampoco, en último termino, sus matanzas. Ya que los poderosos de la nación no eran hombres, él pudo plantear abiertamente su programa gubernamental: guerra contra los países vecinos y persecución de una raza. Según sabemos, fueron las mujeres quienes lo aclamaron con más entusiasmo. Ahora bien, no interpretemos esto en el sentido de que las mujeres favorecen más la guerra que los hombres - en deñnitiva, ¿quién desea una guerra?-, pero, sin duda, se oponen menos a ella. Puesto que no se las envía al frente, corren menos riesgos en caso de conflicto bélico, y como sus pensamientos son menos abstractos les cuesta imaginar la muerte en toda su crudeza. Por otra parte, nadie pudo suponer que un gobierno democrático como el inglés ordenase arrojar bombas sobre la indefensa población civil (demostrablemente, los bombardeos de las ciudades no tuvieron utilidad alguna; tan sólo el aniquilamiento sistemático de las instalaciones industriales puso fin a la guerra) e hiciera matar a medio millón largo de mujeres y niños. Pero los bombarderos británicos fueron pilotados por hombres, y quizás estribara ahí el motivo de que las inglesas no mostraran excesiva preocupación. Asimismo, en el país de las sufragistas se luchó sin duda por el derecho electoral de la mujer, mas no por la participación laboral femenina en las industrias de guerra. Aun cuando el sexo femenino sea nominalmente tan responsable de la guerra como el masculino, en cualquier país donde se le conceda el derecho electoral, una gran mayoría de mujeres no quieren figurar como copartícipes, sino hacerse pasar por pacifistas. En la Alemania de,posguerra no se procesó a ninguna de las numerosas mujeres

casadas que habían subsistido durante años con los sueldos percibidos por los esbirros de KZ (NT: campos de concentración).

Aparte las muchachas afiliadas a movimientos militantes de la izquierda radical, la gran masa femenina no ha corrido hasta ahora ningún riesgo. Asimismo, durante la guerra de los Seis Días y la de Yom-Kippur, se empleó exclusivamente a las mujeres- soldados del Ejercito israelí para el avituallamiento. Allá donde haya disparos habrá siempre un hombre. El más poderoso decide quiénes deben morir: y el más poderoso es la mujer.

EL SÍNDROME PATERNO

¿CÓMO SE ORIGINA UN SINDROME PATERNO?

La mujer parece algo así como una solución patentada para la satisfacción de los ideales masculinos. Porque, a primera vista, parece, efectivamente, que uno pueda hacerla reaccionar con dos de los tres impulsos fundamentales: el instinto sexual y el de protección. Pero esa apariencia engaña. El querer proteger a un ser humano y el codiciarlo sexualmente representan dos actitudes básicas tan distintas que uno tropieza con enormes dificultades para lograr concentrarlas en una y la misma persona durante largo tiempo. Quien proteja a alguien querrá darle algo. Quien codicie a alguien querrá recibir algo. Dar y recibir son términos antitéticos.

Sin embargo, el hombre intenta con la terquedad de un Sísifo satisfacer ambos impulsos con una y la misma persona. Y, a lo largo de ese proceso, muestra la mejor voluntad posible. Pero como sus planes están condenados de antemano al fracaso, tales esfuerzos resultan ser casi siempre baldíos. Primero, él cree que la culpa es suya. Luego achaca la culpabilidad a su compañera. Frecuentemente hace un nuevo intento con otra y comienza desde el principio. Los resultados son idénticos. Ese juego se prolonga hasta el amortiguamiento del instinto sexual, mientras que el impulso protector gana cada vez más terreno. Así, entre los cincuenta y sesenta años, el hombre se conforma casi siempre definitivamente con el papel paternal; la amante le hace soñar sólo en contadas ocasiones.

Encuentra la mujer a cuyo lado quiere envejecer… y la "llama «mujer ideal", "mujer para toda una vida", o bien retorna al hogar si tiene una familia, se acomoda definitivamente en el regazo femenino y se vuelve "formal". "Ahora soy soberano -dice para sí-, he metido en cintura a las mujer es". Lo cierto es que su interés sexual ha menguado.

Esa situación esquizofrénica, motivada porque las mujeres se ofrecen con un doble papel a los hombres y porque éstos lo aceptan así casi siempre, origina una cadena interminable de interpretaciones erróneas entre ambos sexos. Y, claro está, acarrea también consecuencias catastróficas a la moral sexual masculina. Es causa de esos tabúes y perversiones sexuales que nosotros sintetizamos con la denominación de síndrome paterno. He aquí sus principales distintivos: *incesto, poligamia, mojigatería.*

Muchos hombres padecen los tres síntomas a un tiempo, otros consecutivamente, y en algunos se manifiesta solo uno mientras los demás permanecen latentes. Verdaderamente, los únicos hombres inmunes son aquellos a quienes no les interesan las mujeres, es decir, hombres con una libido débil, ancianos y homosexuales. En los siguientes capítulos examinaremos cada uno de esos síntomas.

ADOPCIÓN E INCESTO

Aquellos hombres que cuando eligen compañera asignan un lugar preferente al impulso protector y, por consiguiente, toman mujeres de rasgos particularmente infantiles -mucho más jóvenes e ignorantes, más pequeñas y débiles- se ven ante la necesidad de satisfacer con sus pupilas el instinto sexual junto con el impulso protector. Ello significa que duermen con una persona a la cual tienen por su hija y, de resultas, cometen incesto.

Desde luego, ellos no perciben conscientemente que se trate de incesto. También les resulta difícil comprender que un hombre cohabite con una mujer animado por su impulso protector…, pues aquí sólo salta a la vista lo sexual. Sin embargo, todos los sentimientos altruistas que le inspira esa mujer -el deseo de ampararla y defenderla, trabajar y luchar por ella- son los de un padre respecto a su hija y no los de un amante respecto a su esposa.

En la "adopción", un hombre apenas puede establecer diferencias entre los sentimientos paternos y los de un amante. Si tiene suerte conocerá el sentir del amante, pero ignorará todavía los del padre. Cuando la mujer le inspire por vez primera este sentimiento, él lo comparará con sus sentimientos precedentes respecto a las mujeres y descubrirá una enorme diferencia: jamás quiso sacrificarse por los amores anteriores. Así, pues, ve ahí la prueba de que éste es el gran amor, el auténtico, el que esperara durante tanto tiempo.

Entonces define a la nueva mujer como «mujer para el matrimonio"… mientras las otras recibían la denominación adicional de «mujeres para la cama». Mucho más tarde, cuando se convierte realmente en padre, identificará aquellos sentimientos iniciales y comprobará que sus hijas le hacen sentir, más o menos, lo mismo que su esposa. Si es sincero se hará la confesión de haberse casado con ella menos por sus cualidades de compañera sexual que por las de pupila. Ahora bien, en caso de total ausencia de cualidades de compañera sexual, tampoco se hubiera casado.

Un hombre con esposa-hija percibe que algo no funciona como debería… y, sin embargo, le resulta difícil poner el dedo en la llaga. Durante el acto carnal tiene la impresión de estar solicitando algo indecente a esa mujer, algo que verdaderamente no le corresponde. El quisiera respetarla aunque, por otra parte, no ve ningún motivo concreto para obrar así y, de resultas, tampoco lo hace-, pero, sea como fuere, sus relaciones sexuales le causan remordimientos de conciencia. No consigue desechar la impresión de que alguien le está haciendo un inmenso favor al cual deberá corresponder con mucho agradecimiento lo antes posible.

En tiempos pretéritos, cuando las mujeres iban todavía vírgenes al matrimonio y, por añadidura, la diferencia de edades entre ambos cónyuges era todavía mayor, se hacían especialmente ostensibles los nexos entre adopción e incesto: tras la ceremonia nupcial, el novio debía abusar o poco menos de su protegida. Hoy día, gracias a la nueva moral sexual, los hombres tienen, por lo menos, oportunidad de habituarse paulatinamente a la situación. El matrimonio, antigua condición previa para el incesto, adquiere cada vez más una forma de desagravio.

Al ser padre contra su voluntad, el hombre no tiene más recurso que abrir brecha en la barrera incestuosa hacia "su esposa". No siendo ella una hija auténtica de su marido, sin sólo una "seudohija" la cuestión resulta, hasta cierto punto, menos peliaguda, claro está,

porque además, en este caso, el incesto tampoco es auténtico, sino solamente un seudoincesto. No obstante, esa manipulación relativa de los impulsos acarrea algunas consecuencias. El consultorio del psicoanalista nos muestra hasta qué grado explotan las represiones incestuosas de muchos hombres, quienes suelen abordar el verdadero incesto, por lo menos, en sus desvaríos mentales. El hecho de que algunos padres forjen visiones sexuales respecto a sus hijas adolescentes, es una ocurrencia cotidiana según manifiestan los terapeutas. El psicoanálisis, siempre presto a descubrir toda clase de complejos, no ha intentado siquiera librar a los hombres de tales visiones. La única preocupación del analista consiste en que tales pesadillas creen un complejo de culpabilidad a su paciente. Por tanto, no se cansa de asegurarle que todo eso es "normal".

Se está haciendo normal, en efecto. Así lo confirman reiteradamente las cifras sobre perpetración de incestos auténticos, cópula entre parientes de primero y segundo grado, pues aquí las relaciones padre hija ocupan un lugar preferente. Cierta investigación sobre el incesto patrocinada no hace mucho por el Gobierno sueco respecto a todos los casos conocidos en Suecia durante los últimos veinte años, nos proporciona los siguientes datos estadísticos: el 60 % de las relaciones incestuosas se producen entre padre e hija, el 20 % entre hermano y hermana, y sólo el 1 % entre madre e hijo. El restante 19 % comprende las relaciones entre hombres y sus nietas o sobrinas.

Un hombre cuyo empeño sea el de concentrar los instintos sexual y protector en una mujer y, por añadidura, haya tropezado con una compañera extremadamente infantil, se verá ante una situación esquizofrénica muy especial. No es de extrañar, pues, que su comportamiento le parezca excéntrico no pocas veces a la elegida: en ocasiones, halagador, otras, execrable; unas veces la viola, otras, se humilla ante ella; unas veces la maltrata y, otras, quisiera morir por ella. Sin embargo, todo ello debe ser así Puesto que el impulso

protector y el instinto sexual son inconciliables en el fondo, un hombre no tiene ninguna posibilidad salvo la de oscilar desde un extremo a otro.

Por eso, los individuos más sensitivos buscan lo antes posible un escape de sus relaciones incestuosas y se refugian en la poligamia o en la mojigatería. Otros menos sensibles se aferran al incesto. Porque el placer inherente de lo prohibido se convierte, progresivamente, en una parte integral de su comportamiento sexual. Y como ellos deben hacer de la necesidad virtud, se origina pronto una exigencia irresistible y una perversión habitual. Una vez acostumbrados a relacionar el sexo con "las jovencitas", estos hombres encontrarán indeciblemente tedioso el comercio carnal permisible, es decir, con las mujeres hechas y derechas. Según es de suponer, quienes se emparejan con mujeres sobremanera infantiles -primeramente para satisfacer su instinto paternal- encontrarán mayores dificultades todavía. Con toda probabilidad serán esos caballeros maduros que en sus ocasionales visitas al burdel, piden menores de edad. Pues lo que más le interesa de toda esa actividad es el quebrantamiento del tabú.

ORÍGENES DE LA POLIGAMIA MASCULINA

El hombre con hija-esposa se sustraerá, si le es posible, al dislate de la monogamia y buscará quietud para su alma en la pluralidad de mujeres. Entonces distribuirá su amor: dedicará el impulso protector a una mujer y el instinto sexual a la otra: dar algo por un lado, recibir por otro, proteger y respetar a la primera, provocar sin miramientos a la segunda.

La poligamia masculina tiene una causa fundamental: la capacidad del hombre de satisfacer con mujeres tanto el impulso protector como el instinto de reproducción. Eso da la impresión de que el hombre podría amar simultáneamente a dos mujeres pero, en realidad, sólo puede querer a una como mujer: la otra es su hija. Este desarreglo se da muy poco entre las mujeres porque el circulo humano donde ellas cultivan sus impulsos tiene unos límites muy bien definidos: para el impulso protector cuentan con los hijos, y para el instinto sexual -si hubiere necesidad- están sus maridos. De resultas, las mujeres pasan por monógamas y los hombres por polígamos. Sin embargo, casi todos los hombres parecen desconocer las raíces profundas de su poligamia. Un hombre, dicen ellos, necesita varias mujeres… y, evidentemente, la mujer tiene bastante con un solo hombre. Como quiera que ellos cohabitan con su objeto de pupilaje y su compañera sexual -si bien las visitas a esta última son mucho más frecuentes-, suponen que esa propensión poligámica radica en la

sexualidad masculina, cuyas peculiaridades son, fundamentalmente, diferentes de la femenina.

En aquellos matrimonios en los que la adopción de una esposa es el elemento básico, la señal para poner fin al periodo monogámico del marido suele ser el nacimiento del primer hijo. Así queda satisfecho el impulso protector incluso para el más paternal de todos los hombres…, y en la medida que esto ocurra se dejará sentir el instinto sexual. Un buen día, la necesidad de alguna compañera sexual será tan apremiante que el hombre desecha sus reparos -porque, naturalmente, quiere evitar preocupaciones a su protegida y eso le remuerde la conciencia- y buscará una amante. Tiene ya a la mujer para el matrimonio…, ahora necesita otra "para la cama".

Además se le facilita casi siempre ese paso, pues una vez nacido el objeto auténtico de pupilaje, la esposa-hija representa su papel de compañera sexual con el menor ardor posible. Incluso para una mujer de libido normal, el amante elegido por su utilidad como padre ha dejado de ser codiciable hace largo tiempo; a muchas les causa repugnancia indecible la cópula con semejantes individuos (recuérdese las antedichas estadísticas italianas). Ante todo se pensó en el papel de compañera sexual como cebo: el objetivo fue la adopción por un hombre más la subsiguiente procreación. Una vez alcanzada tal meta se desplaza cada vez más el interés hacia ese nuevo aspecto, el objeto de pupilaje, pues éste presenta exigencias mínimas y es la vía de menor resistencia. Verdaderamente sólo se ofrece todavía como compañera sexual en los períodos críticos…, por ejemplo, cuando otra mujer hace peligrar su papel de pupila, con lo cual el proveedor podría abandonarla. En rigor, una mujer con hijos no necesitaría siquiera figurar como objeto de pupilaje…, porque los propios vástagos representarían ese papel y lo harían de forma más convincente que ella misma. Un hombre deseoso de proteger a sus hijos, protegerá también a la madre, porque, sin duda, los pequeños la necesitan. "Yo quiero a mi mujer y a mis hijos", asevera el cabeza

de familia como si ambos sentimientos fueran idénticos…, ¡y para él lo son!

Así, pues, la poligamia no sólo parece el mejor escape, sino también el único para un hombre con esposa adoptiva. Sin embargo, no todos los hombres son polígamos. La razón es obvia: puesto que en este mundo nuestro un hombre no obtiene nada gratis -tampoco la satisfacción de su impulso protector ni la de su instinto sexual- necesita estar también en condiciones de sustentar a varias mujeres si quiere materializar su propensión poligámica y, por lo general, ése no es su caso. La poligamia presupone siempre una distribución injusta de los bienes materiales, es un reflejo de la justicia social en cualquier país Puesto que el hombre debe pagar a la mujer, un individuo con mucho dinero tendrá muchas mujeres, y uno con poco, ninguna. Así, pues, los hombres de países socialistas se hallan en pésimas condiciones de partida por cuanto se refiere a la realización de sus sueños: cuanto más uniforme el reparto de los bienes nacionales, tanto menores las posibilidades para la poligamia. Como la proporción de mujeres en la población total equivale, aproximadamente, a la de hombres, la mujer complementaria permanente sigue siendo también un privilegio del opulento en los países industriales occidentales, donde cada hombre puede mantener por lo menos una mujer. La base para la poligamia es particularmente favorable en los países occidentales subdesarrollados con sus grandes desniveles sociales. En muchos países de América latina se ha institucionalizado prácticamente la bigamia. El mexicano acomodado tiene la "casa grande" y la "casa chica", es decir, la casa de su esposa y la de su amante. Como es natural, ella tiene ese arreglo mientras esté en situación de proveer suficientemente a ambas casas. Por consiguiente, que un hombre sea polígamo o no depende totalmente de su posición económica: los hombres ricos no son más polígamos, sino más ricos; los hombres pobres no son más monógamos, sino más pobres. Fundándonos en ello, nosotros distinguimos entre las siguientes

formas de poligamia: simultánea, sucesiva, esporádica y simbólica ¿Cuál de esos tipos elegirá un hombre determinado? Eso depende, en última instancia, de la fortuna disponible para la realización de su deseo. Las simultánea y sucesiva son las de los opulentos; esporádica y simbólica, las del hombre humilde.

POLIGAMIA SIMULTANEA

Poligamia simultánea es la poligamia propiamente dicha: un hombre tiene varias mujeres y quisiera conservarlas todas. Poligamia sucesiva es la poligamia a plazo fijo: un hombre tiene dos mujeres, pero espera desembarazarse de una. Poligamia esporádica es poligamia de tanto en tanto y poligamia simbólica es la satisfacción del instinto sexual sin compañera. Un hombre acaudalado optará por la poligamia simultánea o la sucesiva, pero, por lo general, no atribuirá ningún valor a la esporádica o la simbólica.

En el caso del polígamo simultáneo -un hombre con esposa y amante a un tiempo- es donde aparece más clara la divisoria trazada entre objeto de pupilaje y objeto sexual. El protector conserva su objeto de pupilaje, se muestra más afectuoso si cabe, pero las relaciones sexuales con ese objeto se convierten en farsa al comenzar la etapa poligámica. Probablemente, el hombre que encuentre una compañera sexual preferirá cortar las relaciones íntimas con el objeto de pupilaje. Pero como querrá también ahorrarle disgustos -ello corresponde a su papel de protector-, las reanudará ocasionalmente pese a todo. Sin embargo, procederá de la forma más expeditiva posible. En lo sucesivo sólo hará el amor con todos sus matices a la compañera sexual. El polígamo simultáneo -el hombre capacitado para desahogar su impulso protector e instinto sexual con diversos objetos estimulantes se mostrará más ecuánime como en su época monogama no obstante los fingimientos, el temor

de verse descubierto y las cargas financieras adicionales. El entrevé en ese contento una demostración para justificar la índole poligámica de todos los hombres.

Pero ahora sucede algo insólito: en lugar de confesar su nuevo amor, sigue describiendo los sentimientos que le inspira la primera mujer -su objeto de pupilaje- como verdadero amor. El afecto profesado a la amante recibe el apelativo de "embriaguez" u "obsesión pasajera". Habla acerca de las relaciones con su amante -sobre los sentimientos hacia su verdadera mujer- como si fueran algo mediocre, y a veces incluso despreciable. Comenta que ella lo ha "pescado" apelando "a sus más bajos instintos". Cuando la esposa le insta a explicarse, él dice ignorar lo que pretende: lo de la otra es mero "sexo", no tiene nada que ver con el amor.

Tiene preparada una explicación muy sencilla para justificar tal comportamiento. La diferencia que establece un hombre entre su objeto de pupilaje y su compañera sexual es completamente arbitraria. Desde luego, la amante se le ha ofrecido como compañera sexual, pues en calidad de tal tiene mejores perspectivas…, ya que el impulso protector de su mantenedor queda suficientemente satisfecho por la esposa adoptiva y los hijos. A pesar de todo, ella es también, en el fondo, una mujer como casi todas las demás: mitad objeto de pupilaje y mitad objeto sexual, mitad niña y mitad vampiresa… y con capacidad para dar la cara, que es justamente lo más remunerador. A menudo muestra, incluso, un sorprendente parecido con la esposa…, pues muchos hombres prefieren un "tipo" determinado y se aferran sin cesar a él. Como la esposa suplementaria no sólo suele ser más bonita que la legítima -y, frecuentemente, no sólo más joven, sino también más lerda puede convertirse con facilidad en una trampa: quizá cuando menos se espere sobrevendrá la transformación… y esa compañera sexual vendrá a ser otro objeto de pupilaje. Entonces el polígamo se encontrará inopinadamente con nuevas cargas sociales en lugar de

con la cautivadora amante. Así fundará con la recién protegida una segunda familia, procreará más hijos, y si se le ocurriera buscar otra amante, se hallaría ante un dilema más espinoso que el precedente. Porque su impulso sexual, verdadero objetivo de la complicada maniobra, queda nuevamente insatisfecho…, mientras que su esposa legítima, a la cual deseaba proteger con absoluta sinceridad, ha salido perjudicada.

Por tanto, la tarea primordial del hombre con dos mujeres consiste en soslayar esa clase de complicaciones y procurar la máxima protección posible para si y su objeto de pupilaje contra la nueva compañera sexual. Siguiendo el ejemplo de otros polígamos, se somete a algo así como un lavado de cerebro: para no caer jamás en la tentación de proporcionar al nuevo amor la posición que quisiera darle, desmentirá, escarnecerá o maldecirá desde un principio el cariño profesado a su compañera sexual. Para no dejarse arrebatar nunca por la sospecha de haberse enamorado, falseará para si y los demás ese avasallador apasionamiento -la necesidad de aproximarse todo lo posible a ella hasta penetrar en sus entrañas, la necesidad de acariciarla y sentir sus caricias- tachándolo de adocenado y vil, primitivo, vulgar e ínfimo… una mera cuestión "de sexo".

Paralelamente a esa depreciación de la compañera sexual, se produce la revalorización del objeto de pupilaje. Entonces se utiliza el anhelo urgente de prestar amparo -lo cual no tiene, en el fondo, ninguna relación exclusiva con hombre y mujer porque también pueden suscitarlo niños, ancianos, lo enfermos- hasta hacerle parecer lo que no es ni será jamás: el amor "verdadero" entre hombre y mujer. Como "madre de sus hijos" la adoptada será, cada vez más, «lo puro", "lo importante", "el sentido de su vida"…, y la amante justamente lo contrario.

Desde ese instante, las experiencias amorosas con la amante serán del dominio público: el hombre no tendrá inconveniente en

divulgarlas entre sus amigos -incluso les apremiará a escuchar tal información- relatándoles minuciosamente cuántas veces se ha ayuntado con ella y cómo lo ha hecho. Entretanto, las relaciones sexuales con el objeto de pupilaje -si subsisten todavía- son tabú. Si sorprende a otro hombre hablando sobre su objeto de pupilaje como si fuera una compañera sexual, entiende que "la está mancillando" como él lo denomina se atreve incluso a calificar la sexualidad de suciedad elemental-, y entabla sin tardanza una polémica. No hace mucho tiempo, los maridos se batían en duelo para defender la reputación de sus esposas -esposas con las cuales dormían solamente porque así se lo dictaba su sentido del deber-, y, aunque parezca increíble, perdían a veces la vida en ese empeño.

Mientras tanto, la esposa adoptiva -quien se beneficia con toda esa manipulación de los conceptos y, en definitiva, debe estarle agradecida- permanece incólume al margen de la cuestión: para su fuero interno, la sexualidad no se confunde nunca con el instinto protector. Si una mujer engañada por su marido se buscara a su vez un amante, jamás tendría la ocurrencia de no denominar amor a los sentimientos que le inspirara ese compañero sexual. Puesto que muy pocas mujeres pueden ver a los hombres cual objetos de pupilaje -tan sólo los individuos enfermizos o intelectuales se ven favorecidos ocasionalmente con el instinto maternal de sus compañeras-, el sexo femenino no cae en la tentación de mezclar su impulso protector con el amor, ni de interpretar su amor cual un indicio de perversidad. Por consiguiente, no necesita establecer diferenciaciones, puede llamar "amor" al sexo sin reparos y no "mero sexo" como hace su marido. Naturalmente, se guardará mucho de revelarle tal cosa: en el plano convencional, para ella amor significa también altruismo.

POLIGAMIA SUCESIVA

A semejanza del polígamo simultáneo, el polígamo sucesivo tiene también dos mujeres. Ahora bien, a diferencia de aquél, conceptúa la poligamia cual una carga y, por tanto, proyecta eliminar tan pronto como se le ofrezca la oportunidad una de las dos, generalmente la más vieja. Así, pues, mientras que el polígamo simultáneo practica la poligamia dentro de sus posibilidades, en los polígamos sucesivos alternan las fases poligámicas con la monogamia y, de resultas, ese ritmo cambiante está en relación directa a los medios económicos que puede reservar para las mujeres.

Según sea el valor atribuido por un hombre a la satisfacción de su impulso protector o su instinto sexual, los polígamos sucesivos se dividen en dos categorías:

1) Hombres que buscan sin cesar nuevos objetos de pupilaje: eternos padres.
2) Hombres que buscan sin cesar nuevas compañeras sexuales: eternos célibes.

Indudablemente, el eterno padre representa la variante más frecuente de la poligamia sucesiva. Éste es el hombre que aprecia, sobre todo, el impulso protector y, por tanto, cuando elige compañera considera en primer término esta cualidad: debe ser lo más aniñado posible. Como las mujeres sólo pueden parecer infantiles hasta los veinticinco años o, a lo sumo, los treinta, un

hombre semejante necesita buscar nueva compañera cada diez años. Siendo así, el número de "hijas" adoptadas en el curso de su vida debe mantener una relación directa con su fortuna, pero no sólo el número, sino también la clase. Los nuevos ricos prefieren muchachas lozanas -el tipo campesino-, los hombres de la alta sociedad y los estetas optan por la variante enfermiza…, el tipo maniquí. Sea como fuere, siempre será imprescindible que la protegida dé una impresión auténtica de desamparo. Pues, apenas se sospeche que la desvalida puede valerse muy bien por si sola, fallará el automatismo del impulso protector. Si, al cabo de pocos años, la esposa adoptiva adquiere la apariencia de una persona adulta, será preciso remplazarla sin dilación. La búsqueda de una sustituta adecuada es el período monógamo del polígamo sucesivo y equivale al embarazo de la mujer.

Como los juegos infantiles son la profesión mejor remunerada de la mujer, ese "eterno padre" no tardará mucho en encontrar una suplente…, siempre y cuando sea verdaderamente acaudalado o ejerza una profesión lucrativa. Apenas encuentre la nueva hija y se cerciore de que ella lo necesita, otorgará una dote a la envejecida primogénita -casi siempre se trata de la casa donde ha habitado, más pluses de alimentación hasta las segundas nupcias de aquélla, para consagrar todas sus energías a la juvenil descendencia. Naturalmente, no utilizará cochecito de niño para pasear a su bebé, sino un "lincoln" o un "Mercedes", tampoco dejará que la admiren las vecinas, sino los amigos o colegas. No obstante, ambas imágenes son idénticas. Desde luego, nadie le preguntará si su bebé, sabe hablar ya o ha echado los primeros dientecillos, pero sí se le dirá, jovialmente, que su "pequeña" es "encantadora". Y eso lo enorgullecerá tanto como a una madre o un padre. Cierto, la pequeña es encantadora, responderá él, pero tiene una hermosa cabeza muy dura y a veces, en la cama, es de un salvajismo delicioso.

Como el eterno padres no sólo forma parte de la clase adinerada, sino que también figura entre los burgueses, existe asimismo una variante burguesa de la poligamia sucesiva fundada en el impulso protector. El hombre burgués no tiene suficiente dinero para buscar con frecuencia nuevos objetos de pupilaje. Ahora bien, tras veinte o treinta años de intensa actividad profesional consigue atesorar casi siempre una pequeña fortuna y, algunas veces -no pocas-, la invierte en una segunda adopción. Según un dicho popular, se trata de "su segunda primavera". Analizando su cuenta bancaria y la edad de su esposa resulta fácil calcular exactamente cuándo sobrevendrá ese fenómeno natural.

Ni los "eternos padres" acaudalados ni los burgueses dan preferencia en sus pensamientos a la sexualidad. Diferenciándose del polígamo simultáneo, el polígamo sucesivo abandona a su esposa para poder satisfacer en otra parte su impulso protector, no el sexual. Sin duda, su primera esposa es demasiado vieja, pero no como mujer, sino como niña. Por consiguiente, lo normal aquí es el divorcio y las nuevas nupcias…, justamente lo que procura evitar con todas sus fuerzas el polígamo simultáneo. Por ello, el polígamo sucesivo no reniega de la esposa sucesiva -al contrario, la Última esposa es siempre el gran amor de su vida- sino que, más bien, denigra a su predecesora. Y como la nueva no es en su opinión una compañera sexual, sino un objeto de pupilaje, él quiere ofrecerle la máxima protección dentro de sus medios: mediante la adopción legal.

A diferencia del "eterno célibe", el "eterno padre", no teme la impotencia. Lo que él quiere decir no es "escucha, soy todavía tan potente que puedo satisfacer incluso a mujeres muy jóvenes", sino "escucha, soy todavía tan eficiente que puedo tomar bajo mi tutela a esta niña inocente". Un "eterno padre" sabe por experiencia que sólo puede captar mujeres más o menos frígidas… pues las demás no se comprometen, salvo casos excepcionales, con hombres veinte o treinta años mayores que ellas.

Podría decirse aquí que cuando una mujer se ofrece cual objeto de pupilaje a los hombres está jugando con una bomba de relojería…, porque, algún día, el hombre la abandonará y buscará otra más joven. Sin embargo, esto no representa un peligro alarmante…, porque cualesquiera sean sus derivaciones el papel será siempre más soportable que el de una simple compañera sexual. Cuando un hombre se casa con una mujer más joven, ello significa automáticamente que también puede sustentar a la mujer de más edad porque, de lo contrario, no habría intentado siquiera buscar a la más joven. El propio hombre ha concebido unas leyes que le imponen la obligación de procurar convenientemente por cada una de sus esposas anteriores. Caso de no surgir algún otro dispuesto a asumir el pupilaje en la fecha de su expiración (lo cual suele ocurrir, sin embargo, al cabo de cierto tiempo, porque la relación de las poblaciones masculina y femenina guarda aproximadamente la proporción 1: 1), él se verá obligado a sustentarla durante toda su vida. Solo pueden sentirse heridas realmente por la separación aquellas mujeres a quienes sus maridos les apetecen también como amantes. La esposa adoptiva sufre muy poco: ve a su marido cual un padre, y para el niño no tiene importancia que su progenitor procure por uno o por diez…, lo principal es que no haya embotellamiento en la corriente suministradora. Naturalmente, el hijo Único se da mejor vida cuando no ha de compartir sus beneficios con dos o tres hermanos…, pero, si no hay más solución, se conformará con una ración más pequeña. Tan.pronto como quede solventado el problema financiero dejará en libertad a su padre y a veces, incluso, iniciará la búsqueda de un verdadero amante.

El eterno célibe -polígamo sucesivo de la variante "instinto sexual"- es un personaje bastante raro. Aquí se trata de hombres que buscan verdaderamente mujeres, pero tropiezan con niñas por todas partes. Como no quieren renunciar a la sexualidad, se comprometen también con tales niñas, pero sólo durante breve

tiempo: éstas les parecen demasiado triviales… no como niñas, sino como mujeres. Puesto que estos polígamos sucesivos no desean hijos y, por ende, ofrecen raras veces la adopción, la ruptura es benigna para ambas partes. Incluso, a-veces, la seudohija es quien da el primer paso cuando percibe la inutilidad de sus esfuerzos. Naturalmente, el eterno célibe siente también la necesidad de satisfacer un impulso protector, pero él elige para ello objetos de pupilaje más necesitados que las mujeres. No raras veces.lucha, como idealista, por la justicia y la libertad, toma partido por los postergados sociales o bien en su profesión -médico, funcionario de la previsión social, político- encuentra tantos objetos merecedores del altruismo que puede saciar su instinto protector. contrariamente a sus hermanos de sexo, posee casi absoluta inmunidad ante las mujeres que se le ofrecen como objetos de pupilaje.

POLIGAMIA ESPORÁDICA

La poligamia esporádica es la frecuentación de mujeres practicada por el hombre humilde. A diferencia de los ricos, el pobre no satisface su instinto sexual regularmente, sino de vez en cuando, y ello lo hace con:

a) mujeres inasequibles (promiscuidad).
b) mujeres al alcance de cualquiera (prostitución).

Las mujeres inasequibles son las esposas de otros hombres. Son aquellas que, no obstante su libido normal, han optado por un marido nada codiciable -un «padre»- y, de resultas, se ven obligadas a satisfacer esa libido al margen de la adopción. Con frecuencia son también mujeres que no pertenecen a ningún otro hombre, pero están disponibles para una adopción. Mientras esperan, se ofrecen como compañeras sexuales al «padre» de cualquier otra. Como tales mujeres brindan siempre sus favores con carácter gratuito -porque les interesa mucho el sexo aunque, en verdad, no tanto como el aprovisionamiento, quien reciba su ofrecimiento no titubeará largo rato: pues la oferta de sexo gratis es muy limitada, y la demanda, enorme. Tan sólo un individuo opulento tiene opción para elegir con quién le gustaría dormir y, si es suficientemente rico, puede superar también las ofertas de los primeros "padres" y conquistar mujeres que, teóricamente, deberían ser inasequibles. El pobre no puede reflexionar ni elegir y se queda con cualquier mujer a su alcance…, sabe que debe aprovechar la oportunidad, pues quizá no se le

presente ninguna otra. Aunque aquí sólo se trate de promiscuidad, el hombre humilde tiende a calificar esa necesidad de satisfacer su instinto sexual con la primera compañera sexual asequible, como "aventura". Y la mujer que jamás será suya -porque tiene ya otra y no puede mantener dos- es, según lo denomina él, su "conquista".

Las mujeres al alcance de cualquiera son aquellas que no tienen nada de gratuitas, pero tampoco exigen precios exorbitantes. La suma solicitada por una mujer para satisfacer el instinto sexual masculino es proporcional matemáticamente al número de hombres que frecuentan su compañía. Entre los diversos aspectos de la vida cotidiana, la sexualidad es uno de los pocos -incluso en los países prósperos- donde hay todavía barreras sociales: cualesquiera sean las compañeras sexuales elegidas por un polígamo, corresponderán exactamente a sus ingresos. Las mujeres con contratos exclusivos -mujeres de hombre único- son las más costosas, pues,una vez expire el contrato, seguirán automáticamente la indemnización y la renta vitalicia. Los enlaces exclusivos sin contrato, por ejemplo entre amantes, resultan caros solamente durante las relaciones íntimas…, precisamente la ausencia del contrato protege al compañero sexual eximiéndolo de toda compensación cuando terminen los contactos. El sexo con callgirls -mujeres que tienen, a lo sumo, dos compañeros cada día- es bastante más favorable; aquí los clientes son de la clase media acomodada.

Cuanto mayor el número de compañeros diarios, más reducidos los precios, y quienes los pagan, cada vez más pobres. La ramera de burdel, con cinco compañeros diarios, es el objeto sexual del representante comercial bien remunerado; la prostituta recogida diariamente por diez automovilistas, el del empleado medio; la azotacalles, con treinta compañeros diarios, el del proletario. Quienes soportan realmente la frustración sexual son, tan sólo, los hombres sin oficio ni beneficio. Sin duda, el sexo con prostitutas es la forma más económica de satisfacer el instinto sexual en un objeto viviente; no obstante es también el más distante de la sexualidad.

Los hombres que recurren a las prostitutas sacian su ansia de amor con una persona del sexo opuesto siguiendo procedimientos casi mecánicos. El hecho de que abracen una cosa viva tiene, en el fondo, un carácter simbólico y nada más. La sexualidad, la forma más absoluta y más pura de la comunicación entre humanos, queda reducida así a su expresión más rudimentaria: una serie de contracciones musculares involuntarias producidas por la fricción durante diez minutos. La mujer cuya técnica posibilita tales contracciones, ocupa un lugar escasamente superior a cualquier otra cavidad x que podría producirlas igualmente.

Sea como fuere, el sexo prostibulario es barato y protege al objeto de pupilaje en casa. No raras veces, la prostituta representa un alivio para la esposa adoptiva, pues asume total o parcialmente los penosos deberes de una compañera sexual. Por ello se conceptúan muy pocas veces las visitas de un hombre al burdel cual un indicio de depravación: por el contrario, representan la prueba más concluyente de su devoción incondicional a la adoptada. No habrá siquiera gran revuelo si se descubre esa actividad poligámica: la competidora es, "tan solo", una prostituta… y, por tanto, según los convencionalismos consagrados por el uso, no tiene nada de mujer. Las mujeres genuinas~ son aquellas que, hacen peligrar la posición de otra mujer como objeto de pupilaje. En este aspecto, la ramera es absolutamente inofensiva: un hombre que abandonara a su "adoptada" para casarse con una chica de la calle, causaría sensación. Por tal motivo, los hombres son realmente los únicos que consideran inmoral la prostitución. Les desagrada la idea de verse poseyendo a una mujer, -un ser necesitado de mucha protección, según se les ha enseñado- y darle como única compensación unas cuantas monedas. Sólo encuentran soportable, hasta cierto punto, una situación semejante cuando piensan que otros hombres han hecho lo mismo con la misma mujer…, de ahí que resulte todo tan barato. Para una mujer, la prostitución femenina no es vituperable. Aparte las feministas -mujeres que miden su sexo con el rasero

masculino-, las mujeres no ven en sus iguales unos seres necesitados de protección. Ahora bien, por razones de higiene preferirían que sus padres adoptivos se contentasen con la poligamia simbólica y, en lugar de visitar cada mes el burdel, se suscribieran a alguna revista como *Playboy o Penthouse.*

POLIGAMIA SIMBÓLICA

Según dijimos antes, las poligamias esporádica y simbólica son la frecuentación de mujeres por el hombre humilde. Que un individuo se incline por una u otra forma no es tanto un problema financiero -ambas variantes cuestan aproximadamente lo mismo- como una cuestión de temperamento. Los extravertidos tienden más a la poligamia esporádica, los introvertidos, a la simbólica. Presuntamente, un hombre necesita no pocos arrestos para abordar a una desconocida en plena calle y proponerle de golpe y porrazo hacer el acto más intimo entre dos personas. El introvertido es demasiado sensible para emprender la marcha hacia una prostituta y, por ello, prefiere la compañera sexual ficticia. Hay también introvertidos opulentos, claro está. Pero como ellos no necesitan esforzarse nunca para encontrar una compañera sexual -sino todo lo contrario-, no pueden conformarse, a despecho de su excesiva sensibilidad, con el sexo simbólico. Sólo los ricos que no saben cómo comportarse con las compañeras sexuales vivientes -los ancianos y aquellos con una libido extraviada- se interesan por los mismos símbolos de sus menos privilegiados hermanos.

Los hombres son diversos: unos dejan volar su imaginación mediante las imágenes, otros, mediante las palabras. Y hay quienes prefieren una combinación de ambas. La oferta al polígamo simbólico tiene presente esas diferencias y brinda a cada consumidor el adecuado sustitutivo sexual. Para hombres con mayor imaginación

óptica hay fotografías y filmes pornográficos que, aun estando 'desprovistos de textos, nada dejan que desear en materia de perspicuidad. Para aquellos más sensitivos a las palabras -casi siempre de mayor nivel intelectual- hay literatura pornográfica. Y para quienes no quieran renunciar a ninguno de ambos medios, están las "revistas de caballeros".

El hecho de que en tales revistas la imagen refuerce la palabra y viceversa, ha resultado ser enormemente ventajoso para sus creadores: cuando Hugh Hefner fundó en Estados Unidos, hace muchos años, su revista Playboy, la censura no pudo reprocharle gran cosa: ni las ilustraciones ni los textos acompañantes eran extremados; el efecto residía en la combinación de ambos y era difícilmente perceptible. Por eso, el éxito fue descomunal y, desde entonces acá, se ha acrecentado si cabe, porque, a pesar de los numerosos plagios, Playboy sigue siendo el sustitutivo sexual más vendido entre los hombres tímidos Ello estriba menos en la calidad de las compañeras sexuales representadas -según se dice no causan tanta excitación como las de otras revistas competidoras- que en la sutil coartada para hacer la compra. Hefner ha justipreciado acertadamente al introvertido: con un anuncio de dos planas hace publicidad de Playboy entre las mujeres sugiriéndoles la suscripción a la revista como obsequio para él. Como muy pocas mujeres leen Playboy - es una revista para caballeros- el anuncio no tiene por objetivo la mujer, sino el hombre. Si otras mujeres se suscriben incluso a Playboy para sus maridos -se dicen ellos-, no hago nada malo. Un extraordinario surtido de cuentos, entrevistas y cartoons, redondea la perfecta coartada: aunque tales colaboraciones pasan casi inadvertidas para el comprador, justifican la decisión de compra. Hefner ha abierto brecha en un monopolio femenino: es el primer hombre que ha conseguido comercializar la frustración sexual del cabeza de familia y triunfar así en un coto reservado exclusivamente hasta ahora a las mujeres. Como hombre conoce mejor las necesidades de su sexo y, por ende, puede

satisfacerlas también mejor que cualquier mujer. Con su imperio valorado en doscientos millones de dólares es ya hoy día la madame más popular de la Historia.

Naturalmente, los objetos sexuales simbólicos -aquí no hay mujeres de carne y hueso- excitan al polígamo introvertido, pero no pueden satisfacerlo. Así, pues, el único escape para él es la autosatisfacción o la satisfacción con el objeto de pupilaje. Gracias a la acción estimulante del sustitutivo sexual, el hombre consigue no raras veces olvidar durante corto tiempo su misión protectora y ver a la seudohija cual una auténtica seductora. Y si tiene suficiente imaginación puede figurarse también que, en lugar de la adoptada, está estrechando entre sus brazos a la chica del Centerfold.

SOLAMENTE LOS HOMBRES SON MOJIGATOS

Los principales distintivos del síndrome paterno son: incesto, poligamia y mojigatería. No pocos hombres se comportan de forma incestuosa, poligámica y mojigata a un tiempo. La poligamia y el comportamiento incestuoso masculinos han sido ya objeto de un somero análisis. Ahora abordamos el tercer distintivo del síndrome paterno, la mojigatería masculina.

Una persona es mojigata cuando reniega de su instinto sexual. De tal definición se infiere que solo los hombres pueden ser verdaderamente mojigatos: las mujeres amordazan su instinto sexual, a menudo durante la pubertad, en interés del futuro poder político (véase el capitulo "El poder del más indiferente"). Si ellas están contra el sexo no necesitan renegar de ningún deseo encubierto…, donde no hay nada, nada se puede reprimir. Por eso hay muy pocas mujeres adultas que sean mojigatas. La mojigatería es una cualidad eminentemente masculina.

Ahora bien, no todos los hombres que se hacen pasar por mojigatos lo son. Ahí distinguimos entre:

a) mojigatería simulada (la mojigatería del "administrador"), y
b) mojigatería genuina (la mojigatería de los "padres").

Mojigatería simulada es la de aquellos hombres a quienes encomiendan las mujeres que administren el mundo tal como lo desean ellas. Pues, lógicamente, quien ejerza el poder aprovechar su situación para hacer todo cuanto le cause placer y desatender todo cuanto no se lo cause. Entre las cosas que no causan placer destacan las mortificaciones de la vida asalariada. Así, pues, ellas encargan a quienes no tienen suficiente poder que se ocupen de solventarles la vida. Tambi6n suele ocurrir, claro está, que la competencia profesional proporcione placer, según lo demuestran ciertas mujeres dedicadas a una profesión aunque sus maridos tengan grandes ingresos, o el nabab que va cada día a la oficina para divertirse (éste es el duplicado masculino de la "mujer emancipada"). Sin embargo, en casi todos los hombres se trata de un deber, pues no se les ofrece otra opción.

Las mujeres son para el mundo lo que los accionistas para sus empresas: aunque no entiendan nada de nada, aunque apenas sepan hacer algo útil, todo cuanto se haga sera en beneficio suyo. Se construyen casas tal como las necesitan, se promulgan leyes para asegurar su protección, se invierte capital con objeto de aportarles una renta, se fabrican aquellos artículos de consumo a los cuales dan preferencia ellas. Los hombres -los legisladores- parten hacia la guerra acatando las leyes concebidas por ellos mismos y dejan a las mujeres en casa; los hombres -los bolsistas- multiplican su dinero de tal forma que las mujeres constituyen ya la mayoría absoluta de accionistas en muchos países industriales; los hombres -los religiosos- predican a su propio sexo la continencia, la fidelidad y la monogamia.

Así como se le pregunta al accionista con ocasión de la junta anual: "¿Desea usted que continuemos actuando como lo venimos haciendo hasta ahora?" lo que el responde: "sí, pero los beneficios deben ser mayores", así los maridos interrumpen asimismo sus actividades momentáneamente e inquieren: "¿Te gusta cómo lo

hago?¿Debo seguir haci6ndolo igual?", Y las esposas contestan: "sí, sigue igual, pero procura esforzarte un poco mas en lo sucesivo." Las mujeres no necesitan saber lo que han de seguir haciendo sus esposos, ni cómo deben hacerlo, ni cuales son los capítulos donde se requiere ese mayor esfuerzo: el mecanismo es tan perfecto que ellas no pueden percibir sus deficiencias ni juzgar sobre las aptitudes de los encargados… Los propios hombres descubrirán las eventuales imperfecciones del sistema y propondrán a los más competentes entre ellos para los cargos directivos.

Pero el candidato debe respetar la posición reservada al objeto de pupilaje femenino; eso es lo único que piden las mujeres, porque en esa posición estriba indudablemente su poder. Y si aporta tal comprobante mediante su intachable vida privada: un hombre que quiera representar los intereses femeninos en altos niveles debe adoptar por lo pronto una mujer y crear con ella varios objetos de pupilaje…, desde luego, en su pasado no puede haber divorcio, infidelidad ni otros «delitos» sexuales. Si no reúnen tales requisitos, las mujeres no lo elegirán pese a las encarecidas recomendaciones de los expertos… Estos expertos lo saben sobradamente y, por tanto, no proponen nunca a semejantes candidatos.

Consecuentemente, aquellos aspirantes a los altos cargos en la administración del imperio femenino, por ejemplo jefes de Estado, ministros, clérigos, generales, jueces o directores de Banco, deben responder al ideal femenino tanto antes de su actividad como durante ella: no les será permitido abandonar a las esposas esquivas -como es sabido, muchos personajes cargan para toda la vida con mujeres desabridas, los llamados «pecados de su juventud»-, no se les tolerará la adopción de esposas suplementarias ni codiciarán a personas de su propio sexo, y así sucesivamente. Recapitulando: el administrador debe ser mojigato o fingirlo porque, de otro modo, no tiene la menor probabilidad. En sus manifestaciones públicas necesita hacer constar que la vida familiar es siempre lo

prevaleciente, que condena el desenfreno sexual, que no puede comprender la homosexualidad y otras cuantas cosas más. Cualquier frase impensada, cualquier beso ilícito, cualquier cita secreta puede poner punto final a la carrera soñada.

La mojigatería genuina -la de los padres- es menos reconocible que la simulada, porque tiende a presentarse como antítesis de ésta y, efectivamente, lo es: prueba el libre albedrío sexual del hombre. He aquí su causa: un hombre que ve a las mujeres cual objetos de pupilaje -un padre- ve también, consecuentemente, el acto carnal como una violación del más débil. Ello origina un sentimiento de culpabilidad que sólo se puede combatir mediante las confesiones prolijas. Aquí hay que distinguir entre las confesiones directas e indirectas: las primeras son los llamados coloquios entre caballeros, y las segundas los llamados chistes para hombres. Ambas son variedades de la mojigatería.

Verdaderamente, se desconoce cuánto tiempo dedica el individuo ordinario a las conversaciones con hombres sobre sexualidad; sin embargo, no es arriesgado suponer que consagra mucho menos al sexo. En rigor, es inexplicable que un hombre adulto -si no es homosexual- converse con otro hombre sobre el sexo. Normalmente, el acto carnal es un tema de conversación entre los dos miembros de una pareja. Pero la circunstancia de que los hombres prefieran hablar largamente con otros hombres sobre sus experiencias sexuales solo es concebible si están cargados de sentimientos culpables, remordimientos de conciencia suscitados por el trato carnal con mujeres.

Aún resulta más ostensible ese estado de cosas en la confesión indirecta, los chistes entre caballeros. Para el hombre que encuentra inadmisible el trato carnal con mujeres y, sin embargo, no renuncia a ello, el protagonista de una indecencia debe ser el perpetrador de algo ilícito. Por eso, el contenido del típico chiste para hombres es siempre el acto sexual en el que uno de los participantes suele ser

una criatura inexperta, un ginecólogo libidinoso, una monja, un clérigo, etc. Puesto que esos chistes entre caballeros no son verdaderamente chascarrillos sino confesiones, resultan muy poco interesantes para las personas ajenas al asunto. El afán por contar chistes en una reunión masculina debe interpretarse únicamente como un pretexto para iniciar una terapia colectiva cuyo escenario sea la taberna o el casino en vez del instituto psicológico. Las estruendosas carcajadas que celebran cada relato son la risotada liberadora, una exteriorización de conciencias exoneradas colectivamente.

Una variedad muy generalizada de mojigatería masculina es el exigir una novia incólume. Esto es frecuente allá donde la mojigatería simulada se codea con la genuina. Al exigir la virginidad de su prometida, el novio deja entender, inequívocamente, que la sexualidad es reprochable. Así, pues, impondrá una prueba muy sencilla a las mujeres que conozca: quienes se acuesten con él serán malas, quienes no lo hagan, buenas. Solo cuando sean buenas, cuando demuestren que no le codician, él se mostrará dispuesto a ampararlas durante toda su vida.

Puesto que una persona queda caracterizada cuando cumple los veintitrés años sin haber conocido ni querido la sexualidad, el hombre que se case con una virgen, obtendrá casi siempre lo que deseara en el fondo: una compañera frígida. De resultas, retornará sin dilación a la poligamia simultánea o esporádica y, entonces, satisfará su instinto sexual, como antes del matrimonio, con una "mala". La "buena"será "madre de sus hijos", un ser asexual y merecedor de protección. Suele decirse que las mujeres están condenadas a la abstinencia sexual en esta "sociedad masculina", pero eso es un craso error: la mujer que decida valerse por sí sola no necesitará permanecer intacta, podrá tener tantos amantes como le plazca.

Las formas antedichas de mojigatería se manifiestan muy poco entre las mujeres, como ya hemos señalado; quizá haya mujeres

mojigatas, pero éstas constituyen la excepción y no la regla. La mujer de nivel medio habla muy poco sobre sus experiencias sexuales, refiere raras veces cuentos indecentes y jamás exige la virginidad del novio. Como muy pocos hombres fingen ser niños, también muy pocas mujeres cometen actos reprochables cuando duermen con un hombre: por consiguiente, no tienen remordimientos de conciencia ni necesitan la confesión. Más bien se diría lo contrario: pues, para las numerosas mujeres que no pueden sentir nada durante la cópula -por ejemplo, en los Estados Unidos se estima que la proporción de mujeres con dificultades para el orgasmo asciende a un 75 %, ese acto es una demostración del más acrisolado altruismo, un sacrificio que debería enorgullecerlas.

EL AMOR ENTRE HOMBRE Y MUJER ES MONOGAMICO, CELOSO Y DEVOTO

FUNDAMENTO TEÓRICO DEL AMOR

La sexualidad, según dijimos, es la base del amor entre hombre y mujer. Siendo así, ¿por qué nos enamoramos generalmente de un solo compañero y no de varios? ¿Por que no duermen cada día con alguien distinto las personas facultadas para elegir? ¿Por que renunciamos totalmente al sexo cuando no está presente el amante, en lugar de seguir satisfaciéndolo con cualquier compañero sexual asequible? ¿Por que somos fieles cuando amamos? ¿Por qué nos mostramos entonces celosos e intolerantes? ¿Por que es determinativa para el amor entre hombre y mujer la concentración en una persona especifica? Para comprender todo esto debemos comenzar por saber lo que es una persona, o dicho de otra forma, necesitamos analizar someramente la estructura del yo. Klaus Wagn * dice: "Lo que es alguien o algo queda definido por todo cuanto no lo es" (*Klaus Wagn: as Zeit ist und was nicht, Munich, 1974). En un mundo integrado tan sólo por dos individualidades, una máquina mecanográfica diferiría mucho de lo que es en nuestro mundo excepcionalmente pluralista, sería puesto, a diferencia de "aquello"… y no habría posibilidad de afinar más tal definición. Para un legionario de César o un elefante esa máquina no significaría lo mismo, ni mucho menos, que para una mecanógrafa. Lo que puede ser algo depende del medio circundante, de su "mundo" eventual… y de todo cuanto no lo es. El todo por cuya mediación se define el algo, es abstracto -dice Wagn-, es aquello que no es el Algo. Representa el sistema abstracto que asigna al Algo un lugar concreto, es el único

fondo donde puede destacar el Algo como uno. Así, pues, el Algo sólo es definible cuando ocupa un lugar específico e intransferible dentro del sistema. Ello significa que un sistema debe ser incontrovertible, y una definición, concebible…, el definido debe ser concebible. Como se precisa definir todo lo que es en un sistema, todo lo que es será concebible.

El sistema es aquello que no es el Algo. Mientras el algo exista será definible concebiblemente por todo cuanto no sea él… por el sistema. Esto atañe también al Yo siempre y cuando se le conceptúe como algo. Yo estoy definida concebiblemente -mientras exista como algo concebible- por todo cuanto no soy como tal algo: por mi sistema. Es mi sistema porque me define, es el mundo entero, pero el mundo entero donde yo vivo. Es el mundo de mi escala evaluadora, el mundo tal como lo veo yo. Quizás haya otros sistemas -otros mundos- además del mío, pero para mí este es mi sistema, mi mundo absoluto: esos sistemas se definen en mi mundo como algo, no son todo en mi sistema, sino uno.

Según Wagn, el sistema no es más que el sujeto generalizado. Lo que es algo específico queda definido concebiblemente por todo cuanto no lo sea, y ese "todo" corresponde, una vez más, al sujeto: cada definición procede del sujeto, porque si no fuera así, ¿cuál sería su procedencia? El sujeto es el todo, ya que está en condiciones de definir el uno. Es su fondo, el único donde puede perfilarse. El sujeto debe ser universal, pues, de lo contrario, sus definiciones no coincidirían con las de otros sujetos. Nosotros sólo podremos comunicarnos con los demás mediante el lenguaje mientras compartamos los mismos conceptos. Un objeto será objetivo únicamente cuando todos los sujetos lo definan por igual. Y no hay ninguna fuente imaginable de objetividad, salvo esa unanimidad de los sujetos como sujetos universales, es decir, como sistema universal: una misma época, una misma especie de vivientes sometidos a la misma moda, etc. Así, pues, yo quedo definida,

mientras exista, por el sistema -por el sujeto universal- cual un objeto concreto que ocupa dentro del conjunto -dentro del todo- su lugar especifico e intransferible, es decir, su razón de ser. Pero yo no soy sólo un objeto, no soy sólo algo concreto. Mi definición como tal pasa por alto lo que verdaderamente soy: no soy solo objeto, sino también, y ante todo, sujeto.

Definida como objeto soy única, concreta, concebible; como sujeto me asemejo en lo posible a los demás de mi especie, pues como sujeto soy indefinible, me defino yo misma y, por cierto, coincidiendo (en lo posible) con todos los demás objetos concretos. Como sujeto me identifico con el sistema, me identifico en lo posible con todos los cánones que tengo por "universales". Así, pues, como objeto se me define, como sujeto me defino yo misma, pero los objetos concretos que yo defino me clasifican también cual un sujeto abstracto, universal: mi visión del mundo, mi escala de valores, mi sistema radican en todos los pormenores que me han sido siempre conocidos… Yo, como sujeto abstracto, no soy todos ellos, soy el fondo en donde ellos se perfilan. De modo inverso, yo defino concebiblemente cuanto me es conocido fundándome en mi concepto del mundo. El algo que yo defino depende de mi "mundo": tomando como referencia otras experiencias, otros ambientes, otras épocas, conceptuaría de diversos modos la misma cosa, le atribuiría sentidos diferentes… pero yo misma sería también otra.

El yo sólo puede ser definible -queremos decir, concebiblemente- mientras se lo caracterice mediante el sistema, el "sujeto universal" en donde existe. Yo desempeño un papel muy específico -concebible- que me ha asignado el medio ambiente, el mundo donde existo, el sistema. La cosa variaría si yo existiese en cualquier otro mundo, cualquier otra época, cualquier otro sistema. Sin una definición el yo no puede existir; la definición del yo tiene su origen en el sistema. Si mi sistema define mi papel de dos formas contradictorias, será ininconcebible y se neutralizará por sí solo.

Entonces yo perderé mi definición, mi razón de ser y, por ende, mis fundamentos para existir: nada puede existir sin definición. El quedar definido significa vida y, consecuentemente, placer; el quedar indefinido significa muerte y angustia mortal.

Si mi sistema pierde su significado por causa de unas súbitas contradicciones, "mi mundo se desplomará" y yo tendré miedo…, un miedo existencial según lo denominan los filósofos del existencialismo. Efectivamente, es el miedo acerca de la propia existencia en su más amplia acepción. Las contradicciones y, como consecuencia, la falta de definiciones, pueden surgir, por ejemplo, con la muerte de un deudo: su presencia estaba prevista concienzudamente en mi sistema, y sin él todo pierde significado. También sirve de ejemplo quien pierde sus amigos en una situación difícil: ellos formaban parte de la planificación, pero ahora no se puede contar ya con su apoyo, el sistema se desmorona… no porque sea espinosa la situación, sino por las contradicciones dentro del sistema. Asimismo, la propia existencia puede resultar inconcebible sin ningún motivo especial cuando uno se ensimisma y descubre contradicciones en las que no había pensado jamás.

La desintegración del sistema no significa que el yo quede desprovisto de un sistema…, pues, sin sistema, nada puede existir. Significa una alteración del sistema; pero este cambio, por muy insignificante que sea, hace variar todas las definiciones; lo que fuera concebible hasta entonces pierde ahora su sentido…, nada es ya como antes. Cada detalle definido anteriormente de una forma concebible, te hace dudar, te hace desesperar; es la situación que puede conducir directamente al suicidio. El suicidio es tan solo el cumplimiento de esta ley: "lo que no es definible no puede existir". Pero, justamente, el acto del suicidio supone algo concebible: quien se quita la vida, define su muerte como una cosa concebible. El ser definible, concebible, es más importante que la vida.

El equipolente del miedo existencial -seguimos ateniéndonos a la teoría de Klaus Wagn- es el placer del sentirse definido, el placer proporcionado por la falta de libertad. Ello causa placer porque es la premisa de la existencia, el fundamento teórico para el poder psíquico sobre otros (religiones, ideologías) y también para el amor entre hombre y mujer.

¿QUÉ ES EL AMOR?

Los demás han hecho de mi lo que soy. Sin su definición yo no sería un individuo porque no tendría ninguna cualidad y nada ni nadie me diferenciaría. Sin embargo, es importante saber quiénes son esos otros que me definen. Pues cuanto más exacta sea la definición formulada, tanto más feliz me sentiré. Yo soy, ante todo, una persona, pero también, en segundo lugar, un ser sexual: la diferencia más elemental que cabe hacer entre las personas es el género masculino y el femenino. De ahí que yo prefiera dejarme definir por una persona del sexo opuesto. Ello ofrece dos ventajas: el otro -mi sistema- es uno y su opinión sobre mí por lo tanto no puede contradecirse y él es mi polo opuesto sexual: ¿quién podría definirme como mujer mejor que un hombre? Por tanto, el definidor idóneo, aquel que puede decirme con mayor exactitud cómo soy - en calidad de persona y ser sexual- es mi enamorado. Ahí reside también la razón de que el amor haga más feliz -o infeliz- que cualquiera otra cosa.

Amor es sometimiento total y recíproco. Cuando un hombre y una mujer se quieren, se hallan en estado de definición absoluta: cada uno sabe en todo momento quién, cómo y qué es, cada uno representa la máxima autoridad para el otro. Entre dos enamorados cada cual es objeto del otro pero también sujeto, ambos son mutuamente todo. El definir adquiere aquí su máxima expresión y precisión: el definidor es una sola persona y me define por

completo… mi psique en la conversación, mi cuerpo cuando hacemos el amor.

Un amigo o enemigo puede decir algo sobre mi mentalidad, un amante puede catalogar mi cuerpo… pero el enamorado abarca toda mi persona. Cada caricia suya me muestra cómo soy: hermosa, codiciable. Cada pregunta suya y cada respuesta me dice lo que soy: una persona con la cual desea relacionarse, una persona más interesante que cualquiera de sus conocidas. Y, precisamente por haberme elegido, mi enamorado me convierte en algo único sobre este mundo: soy yo a quien él ama, y ninguna otra. Si ese amor es feliz, las definiciones serán cada día más exactas y después de cada cita yo sabré todavía mejor quién soy. Los demás pueden decir sobre mí cuanto gusten, yo no les creeré ni una palabra. Solo mi enamorado sabe quién soy y me lo dice. Como sus definiciones tienen cada vez más precisión, mi dependencia de él aumentará sin cesar, pero a él le sucederá exactamente lo mismo. Yo le digo que le pertenezco, que puede hacer conmigo cuanto guste, que no puedo vivir sin él. Y esto no es exageración: realmente no podría vivir sin él…, pues si me faltara, yo no sabría para quién debería sobrevivir ni quién sería yo. Él es mi sistema. Si mi enamorado me abandonara, sobrevendría una carencia peligrosa de definiciones, un estado de libertad total ante lo cual yo sólo podría reaccionar -si fuera un gran amor auténtico, una definición absoluta de cuerpo y alma- con apatía y desesperación, demencia y suicidio… con miedo existencial. Esas penas de amor tantas veces ridiculizadas son, quizá, la mayor desdicha que pueda asaltar a un ser humano: es la experiencia más intensa de libertad que nos ofrece el mundo.

¿CÓMO ES EL AMOR?

Si el amor es la definición total de cuerpo y alma, formulada por otra persona exclusiva, reunirá necesariamente las siguientes propiedades:

1) *El amor es monogámico*.

Yo puedo dejarme amar, tal vez, por dos compañeros, pero sólo puedo querer a uno. La bigamia es un concepto sumamente impreciso: las opiniones de mis dos compañeros sobre mí se contradirán por necesidad, al menos en los detalles conclusivos, pero justamente ahí reside la dificultad del amor. Si me someto al juicio de diversas personas, no sabré cómo soy y, por tanto, no podré ser feliz. Ésa es una diferencia importante entre el amor profesado al objeto de pupilaje y al objeto sexual: nuestro amor puede englobar varios objetos de pupilaje, pero solo un objeto sexual. Los objetos de pupilaje son malos definidores. Dicen al protector "te necesito", y nada más. No le participan cuáles son las cualidades personales que les inducen a necesitarlo: esas cosas les son indiferentes. Además, si las circunstancias lo requieren, están dispuestos a trocarlo inmediatamente por otro protector más conveniente (véase el capitulo "Los padres son impotentes"). Debido a la diferencia entre protegido y proveedor en el plano intelectivo, los objetos de pupilaje se sienten también definidos de una forma vaga, su dependencia del protector es esencialmente material.

2) *El amor es celoso*

Si mi enamorado con su amor define todavía a otra, yo pierdo mi individualidad. Entonces seré como la otra a quien también quiere mi enamorado (como el amor es monogámico, él no quiere a ninguna de las dos, pero yo ignoro tal cosa), tengo un doble. Para ser nuevamente única debo aniquilar a mi rival o buscar un nuevo amor. Los celos no son, por fuerza, una muestra de mi amor, pero tampoco puede haber amor sin celos. La tolerancia no es una prueba de amor, sino precisamente lo contrario. Quien no tenga inconveniente en compartir su enamorado con otra le dice, inequívocamente, que no le interesa como compañero sexual… que, en el mejor de los casos, le inspira altruismo o amistad.

Uno solo es celoso en el terreno donde uno es definido por la otra persona. El objeto de pupilaje solo me define como protectora, por tanto yo puedo sentir celos o únicamente cuando no se me defina como protectora: cuando mi hijo, por ejemplo, prefiera a otra persona como madre. En todo lo demás, él puede obrar como le plazca: nada provocará mis celos. Un amigo no me define como compañera sexual y, por tanto, yo podré sentirme celosa solo si él traba amistad con otra persona. El llamado matrimonio liberal en el que uno tolera que su cónyuge duerma con alguien más no tiene como base el amor, sino la amistad. El trato carnal que se produce entre los componentes de un "matrimonio liberal" es un servicio amistoso totalmente ajeno al amor.

3) *El amor es devoto*

Cuando emprendo algo sobre lo cual nada sepa mi consorte, sus definiciones sobre mí serán erróneas Entonces la infidelidad sexual sólo será posible si desestimo por completo las definiciones de mi compañero, es decir, si no lo amo. Si lo engaño a pesar de amarlo, deberé confesarle después todo. Aunque ello me resulte muy

penoso, será el único medio de que el vuelva a definirme con exactitud.

¿PUEDE DURAR EL AMOR?

El amor entre un hombre y una mujer puede durar toda una vida. No hay ninguna razón imperativa por la que una pareja que se enamora a los diecisiete años no pueda quedarse enamorada hasta los setenta. El hecho de que tales amores sean raros, obedece al concepto ya mencionado del amor, en el que se mezcla el amor con la noción del altruismo, y a la falta de oferta de amantes adecuados. ¿Qué es un amante adecuado? Recordemos las premisas para el origen del amor entre hombre y mujer:

a) Máxima contraposición física.
b) Máxima similitud intelectual.

La contraposición externa se da en casi todos los enlaces: la ley biológica se encarga de mezclar óptimamente los factores hereditarios extremos dentroimaginación necesaria para percibir una situación peligrosa… y, de resultas, mostrará aplomo y superioridad cuando afronte el peligro en su medio circundante. Un lerdo suele tomar rápidas determinaciones: puesto que carece de pensamiento abstracto sólo ve, por lo general, una salida ante tal o cual situación… y esa salida es no raras veces la justa. Como el torpe no sabe nada y, por lo tanto, tampoco puede hacer comparaciones, su criterio sobre problemas intelectuales es, casi siempre, asombrosamente consecuente.

Con frecuencia transcurren varios meses hasta que uno logra imponer un sistema a la existencia asistemática de su lerdo consorte, y entonces se revela el aplomo de éste como lo que ha sido siempre en el fondo: facultad abstractiva y sensibilidad deficientes ocasionadas por una experiencia insuficiente. Cuando sucede tal cosa uno no podrá seguir idealizándolo aunque se lo proponga… y si uno no tiene ya posibilidad de idealizarlo tampoco la tendrá para amarlo.

Un simple está incapacitado para definir con sus escasos conceptos la pluralidad del compañero o compañera: cuando un niño dice a su padre que es formidable, sus palabras son conmovedoras, pero jamás creíbles; el padre sabe que sus modestos conocimientos empíricos le impiden todavía apreciar si el es verdaderamente formidable comparado con otros hombres.

Quien descubra un buen día la torpeza del enamorado o la enamorada descubrirá también muy pronto que sus caricias ya no le causan placer aunque siga apreciando su hermosa apariencia. Compartir el lecho con una persona torpe es la cosa más solitaria del mundo. Entonces el sexo se torna "sexo escueto" y a menos que haya mediado antes la "adopción", el enlace se extinguirá.

b) *Idealización de la propia persona*: Mi amante, el erudito profesor X, se ha enamorado apasionadamente de mi. Según dice él, le fascina sobre todo mi cualidad y, una rara propiedad que no posee cada mujer. A decir verdad, no entiendo lo que quiere significar, pero me siento halagada: soy una mujer con la cualidad y, es decir, una persona poco común… Me estoy idealizando.

Sin embargo, esa cuestión empezará a aburrirme con el tiempo: esa cualidad y no me dice nada ni ocupa ningún lugar en mi escala de valores. Ya no hay entendimiento entre el profesor y yo, nos falta el lenguaje común. El hecho de que me ame ese hombre instruido entraña cierta cuota de definición -me convierte en amante de un

erudito-, pero no me revela quién soy yo. Si no se ha producido la "adopción", abandonaré muy pronto a mi talentoso enamorado y buscaré otro más lerdo que hable mi propio lenguaje y comparta mi mundo conceptual. El profesor es inadecuado como compañero sexual mío; las relaciones con él eran "sexo escueto" porque no podían definirme suficientemente como individuo.

"Sexo escueto" es el acto carnal sin amor, es el sexo entre dos personas que en el fondo no se entienden. Los compañeros sexuales con diferentes niveles intelectivos sólo podrán permanecer juntos cuando cada uno tenga otra persona que lo defina. El "sexo escueto" condiciona la infidelidad psíquica… un recurso predilecto para aquellas parejas que, por razones extrínsecas, deban continuar unidas el resto de su vida. La esposa tiene una buena amiga que la delinea siguiendo las estrictas reglas del sistema denominado feminidad…, que en nombre de todas las mujeres dictamina cuánto vale ella "como mujer". Sus referencias son el número de hijos, la calidad del piso donde habita y su mobiliario, la elegancia del guardarropa, la posición social del cónyuge, etc. El marido tiene amigos, colegas, correligionario que le proporcionan definiciones fragmentarias sobre su persona. Tales maniobras permiten que ambos consortes denominen amor al motivo de su continuada unión.

También se puede cultivar el "sexo escueto" con varios compañeros sexuales: un hombre con una esposa lerda y una amante igualmente lerda cultiva el "sexo escueto", y el instinto protector con la esposa, mientras que, con la amante, sólo es cuestión de "sexo escueto". Otros se encargan de definirlo.

El amor de duración media se origina cuando los niveles intelectivos inicialmente similares o las apariencias en principio contrapuestas de dos cónyuges, evolucionan con carácter diferencial. Por ejemplo:

a) Uno de los consortes se sustrae a la lucha por la existencia desde el comienzo de las relaciones amorosas mientras el otro lucha por los dos. De ahí resulta que uno adquiere cada día más saber y el otro se aferra al nivel que tenía cuando se iniciaron las relaciones. Al cabo de algún tiempo, ambos se diferenciarán demasiado entre sí para poder seguir definiéndose con precisión, y entonces terminará su amor.

b) Uno de los cónyuges es inestable y, por ello, no tiene opiniones firmes sobre su medio ambiente. La inestabilidad suele ser un rasgo característico de las personas con inteligencia superior a la media. Cada materia o tema presenta sin duda varias facetas; uno puede tener, por lo menos, dos opiniones sobre todo, y cada una de esas opiniones es siempre, por un motivo u otro, acertada o errónea. Una persona de inteligencia normal no suele percibirlo así conscientemente, ella sólo ve un solo aspecto. En cambio, quien sea inteligente por encima del nivel medio lo advertirá y, por ello, su criterio oscilará continuamente de un extremo al otro. Evidentemente, el cónyuge de la persona inestable no será ajeno a tales oscilaciones mentales, pues él -sobre todo él- forma parte del mismo medio ambiente. La pareja de una persona inestable se ve siempre expuesta a unas definiciones contradictorias sobre su naturaleza: unas veces es mala, otras buena, unas veces se la ensalza, otras se la condena. En verdad se la define continuamente con toda precisión y, sin embargo, la calidad de la definición nunca es durable. Con el tiempo dejará de dar crédito a su consorte - en las opiniones referentes a ella-, le retirará su confianza y, por fin, buscará otro definidor más fiable.

c) Un amor puede extinguirse también cuando se mantenga la similitud intelectual, pero se aminore cada vez más la contraposición externa. Una mujer ingeniero cuyos conocimientos similares a los de sus colegas le hagan adoptar también actitudes parecidas cabello corto, lenguaje, risas y movimientos masculinos- se mostrará cada

vez menos "femenina" ante su cónyuge. Un peluquero que empieza el día menos pensado a hacerse la manicura, perfumarse y teñirse el pelo perderá todo atractivo para su consorte, quien lo amaba todavía cuando no había manicura, ni perfume ni tinte… a ella le parecerá "afeminado".

Como es sabido, los grandes amores son excepcionalmente raros. Para que nazca un gran amor deben concurrir, según hemos dicho, dos premisas fundamentales: contraposición externa especifica entre ambos cónyuges (uno es el polo opuesto del otro: hombre muy varonil, mujer muy femenina) e igualdad en todos los aspectos ajenos a lo específicamente sexual (hombre y mujer tienen la misma inteligencia, sensibilidad, etc.). Tales condiciones se dan raras veces.

Las mujeres que se diferencian ostensiblemente por su físico de los hombres -mujeres de aspecto muy femenino son más codiciadas que las demás por razones biológicas, pues la ley biológica propende a mezclar óptimamente los factores hereditarios extremos dentro de la misma especie. Esa codiciosa solicitación les permite sobrevivir con garantías al margen de toda competencia: los hombres que las codician pagarían cualquier precio para asegurarse su compañía. Así, pues, una mujer de aspecto muy femenino necesita poseer gran fuerza de voluntad si quiere exponerse a la lucha por la existencia como los hombres, no obstante los insistentes intentos corruptores de éstos. Generalmente elige el camino más fácil y deja que un hombre luche por ella. Las mujeres de apariencia muy femenina no necesitan ser inteligentes para sobrevivir: y, como norma, tampoco lo son. Sólo cumplen una de las dos premisas para el amor: la contraposición externa con su consorte.

Las mujeres que no se diferencian mucho de los hombres por su físico -mujeres de aspecto poco femenino son menos codiciadas que otras por razones biológicas: estarán expuestas pocas veces o quizá nunca a los intentos corruptores del hombre. Por consiguiente, la

mujer de aspecto poco femenino necesita luchar por la existencia como cualquier hombre para sobrevivir, y está asimismo obligada a desarrollar su intelecto. Así, pues, las mujeres de aspecto poco femenino reúnen asimismo una sola premisa para el amor: la equiparación intelectual con el cónyuge. Casi siempre les falta la otra condición, la contraposición externa.

De ahí se infieren las siguientes consecuencias:

1) A quienquiera que elija el hombre como compañera le faltará una de las premisas para el amor (la mujer será poco femenina para él o bien demasiado torpe).

2) A quienquiera que elija la mujer como compañero, le faltará una de las dos premisas para el amor (el hombre será poco varonil para ella, demasiado estúpido o excesivamente inteligente).

3) Como el cumplimiento de la ley biológica tiene siempre prioridad -un instinto es más fuerte que una necesidad psicológica- se preferirá la mujer lerda pero de aspecto muy femenino a la mujer inteligente pero de aspecto poco femenino. Ello conduce a las siguientes conclusiones:

a) Los hombres creen que la inteligencia resta feminidad a las mujeres. En verdad, lo cierto es el caso inverso: la escasa feminidad hace inteligentes a las mujeres.

b) Las mujeres creen que la inteligencia femenina atemoriza a los hombres. Realmente lo cierto es el caso inverso: la inteligencia femenina no atemoriza a los hombres; ellos temen la poca feminidad de una mujer más que su falta de inteligencia (por consiguiente, esto es sólo una cuestión de prioridad).

Aquí estamos moviéndonos en círculo: los hombres no pueden encontrar una mujer para amar, y aquellas mujeres que aprecian el amor de un hombre más que su protección no pueden ser objeto de amor. Como ellas creen que los hombres evitan a las mujeres

inteligentes, abandonan todo cuanto pudiera ampliar su horizonte, y precisamente al proceder así se distancian cada vez más del amor. Ahora bien, puesto que cada regla tiene sus excepciones, a veces nacen esos grandes amores que perduran hasta el fin de la vida.

PADRES PÚBLICOS, HIJAS PÚBLICAS

LOS PERIODISTAS COMO PADRES PÚBLICOS

El mundo occidental es un matriarcado en donde los hombres juegan a los patriarcas… Sin ese juego, el matriarcado sería una imposibilidad absoluta. Ahora bien, el juego debe mantenerse siempre dentro de sus propios límites: si un día se tornara serio, significaría el fin de la hegemonía femenina.

Para evitar semejante cataclismo, las mujeres se sirven de los medios informativos y adiestran a ciertos periodistas ocupados en ellos para que expongan con recursos ilegítimos una elaborada imagen femenina. Ellos deben comunicar a sus hermanos que las mujeres son débiles y están necesitadas de protección, y que el verdadero amor para con una mujer requiere los distintivos del altruismo.

Un auténtico patriarca sería un hombre que:

a) amparase a otros; y
b) aprovechase ese pretexto para prescribirles cómo deben vivir.

Para las mujeres sólo es deseable la propiedad a) del patriarca; ellas prefieren prescindir de la b). Ahora bien, la a) no podría tener vigencia sin la b): quien gane dinero querrá determinar también cómo se debe gastar, pues, de lo contrario, ese laborar incesante no le

aportaría satisfacción alguna. Para conservar, pues, la provechosa propiedad a) es preciso hacer creer al hombre que posee también la propiedad b). Dicho de otra forma: para que el aprovechamiento económico de su esfuerzo laboral se realice sin fricciones, debe convencérsele de que está tiranizando a su mujer. Conviene sugerirle esto: empleando como trueque el dinero que gana para ella, le impone servicios humillantes de verdadera esclava y la explota sexualmente.

Esa maniobra diversiva resulta casi impracticable en el plano privado: todo marido sabe que, en los modernos hogares automatizados, su mujer es cualquier cosa menos una esclava. En los matrimonios ordinarios, la mujer toma prácticamente todas las decisiones financieras: según rezan las estadísticas, casi todas las mujeres adoptan por si solas las determinaciones de compra; únicamente consultan con sus maridos cuando adquieren artículos de consumo cuya elección requiera conocimientos técnicos, tales como autos, electrodomésticos, etc. La mujer es árbitro exclusivo, por decirlo así, en el ámbito social: ella determina cuál debe ser el número de hijos mediante el uso calculado de anticonceptivos; asimismo dirige su educación porque así se lo permite su presencia permanente en casa; ella elige casi siempre los amigos y familiares con quienes conviene tener trato social. De explotación sexual más valdría no hablar: la frecuencia media del coito tras cinco años de matrimonio es, por ejemplo en los países occidentales, de una vez a la semana. Esto no puede causar grandes trastornos siquiera a una mujer frígida. En el caso de las otras, sería de todos modos sumamente inadecuado hablar de la explotación, porque para ellas es un placer.

Considerando lo antedicho, resultará mucho más fácil embaucar al hombre sobre su papel, si se aprovecha el influjo de la opinión pública. Todo hombre sabe que él mismo no explota a nadie ni abusa sexualmente de persona alguna…, pero, tal vez, se pregunte si no lo

harán otros hombres. Y terminará creyéndolo cuando se lo repitan cada día periódicos, emisoras radiofónicas y televisión. Cuando unos hombres instruidos predican sin cesar a otro más simple que se debe interpretar también el trato sexual ordinario cual una violación de la compañera, que el monótono y breve trabajo en un hogar completamente automatizado, la compañía de niños y amigas durante la interminable jornada y esa eterna espera hasta el retorno del marido representan el tipo más sutil de esclavitud, su oyente terminará viéndose también cual uno de esos brutales individuos que impiden a sus mujeres "la propia realización". Y, entonces, la persecución del pan diario para su adoptada volverá a tener sentido.

Los padres públicos son hombres que proveen con datos falsos sobre mujeres a sus camaradas y, obrando así, mantienen y perpetúan el objeto femenino de pupilaje. Entre ellos figuran los periodistas de diarios y revistas encargados de las "cuestiones feministas", los redactores de radio y televisión con sus folletines sobre la mujer "oprimida", directores cinematográficos de muy diversos estilos especializados en "emancipación", literatos advenedizos que describen de forma novelesca o autobiográfica cómo "abusaron" sexualmente de sus indecentes compañeras, etc.

Todos esos padres públicos tienen un denominador común: no actúan inducidos por motivaciones viles. Unos se ven obligados a propagar falsedades, otros quisieran sinceramente creer lo que dicen, y unos terceros lo creen a pies juntillas. Así, pues, conviene establecer la siguiente clasificación:

a) padres públicos involuntarios;
b) padres públicos voluntarios;
c) padres públicos por incapacidad.

PADRES PÚBLICOS INVOLUNTARIOS

Aquí se trata de periodistas a quienes sus editores o directores exigen la formulación de aseveraciones. Un periodista que no puede arriesgarse a perder su empleo, es decir, un periodista -con familia- debe escribir todo cuanto le indique su editor. Ello hace pensar que la libertad de Prensa ha sido concebida exclusivamente para los editores, pero en el fondo no es siquiera eso. Un editor cuya principal finalidad sea la de vender sus productos debe atenerse a las leyes que rigen la economía de mercados, o dicho de otro modo, hacer escribir lo que el público quiere leer. La libertad de Prensa es, pues, en última instancia la libertad del usuario para leer en su. periódico la opinión propia. Por los motivos ya expuestos, tanto las mujeres como los hombres desean leer que las mujeres están avasalladas… y, siendo así, un periodista tiene escasas probabilidades de poder publicar lo contrario. En una sociedad capitalista los medios informativos no manipulan a los seres humanos sino, más bien, éstos a los medios informativos.

Pues aunque los hombres quisieran leer la verdad sobre el papel que desempeñan, las mujeres seguirían marcando la pauta. Ambos son lectores, cierto, pero la mujer es todavía, con mucho, el mayor consumidor. Según hemos indicado, la decisión de comprar desde el mobiliario hasta los artículos de consumo diario corresponde principalmente a las mujeres y, por consiguiente, ellas mismas orientan, de forma directa o indirecta, la campaña publicitaria hacia

sí. Como los órganos informativos occidentales están financiados en su mayor parte por la publicidad, el día en que las mujeres decidieran no comprar tal o cual periódico o revista porque no les gustaran sus artículos de fondo, ese periódico o revista se vendría abajo automáticamente por falta de publicidad. Así, pues, aunque los hombres lo quisieran, no tendrían nunca la menor oportunidad de publicar libremente su opinión sobre las mujeres en un producto de Prensa dirigido a ambos sexos (y estos productos constituyen la mayoría).

Lo mismo es aplicable a las emisiones televisivas financiadas por la publicidad. En casi todos los países occidentales la televisión es publicitaria. Esto significa que, asimismo, aquí sólo es permisible mostrar aquello aprobado conclusivamente por la censura femenina. No se trata, claro está, de censura previa sino a posteriori. Ello se rige por el siguiente principio: cuando el producto no cuente con su favor, el producto podrá despedirse del negocio. Por consiguiente, procura soslayar ese riesgo mediante la "autocensura".

Entretanto, tal vez alguien decida arriesgarse una pizca y retratar a las mujeres -prudentemente, eso sí- con un poco más de veracidad. Ello podría ser incluso rentable y promovería temporalmente los intereses de tal o cual periódico…, pero, en último término, triunfará siempre la mujer. Por cada artículo que la critique se publicarán cien glorificándola.

Los hombres no quieren saber nada sobre su verdadero papel, como se trasluce principalmente en los productos de Prensa dirigidos al lector masculino. Una revista femenina moderna, digamos la Cosmopolitan, podría burlarse si le apeteciera de la sociedad paternal, pues la leen exclusivamente mujeres, quienes, en el fondo, saben muy bien lo que han hecho de los hombres. Las revistas masculinas son productos de los padres para el padre: Time, Newsweek, LDExpressy Der Spiegel deben retratar al hombre cual un brutal opresor del sexo femenino. ¿Qué objeto tendría la lucha de

sus suscriptores si aquellas por quienes luchan no estuvieran necesitadas de protección y si se les dijera que, por lo general, son ellos mismos los esclavizados? Los editores de las revistas masculinas y las mujeres tiran de la misma soga: aunque se supiera quién oprime a quién, ellos se guardarían mucho de imprimir la verdad en sus planas.

PADRES PÚBLICOS VOLUNTARIOS

Tan pronto como la inteligencia de un ser humano rebase cierta medida, puede resultarle peligrosa. Según hemos mencionado, la persona de inteligencia media ve siempre un solo aspecto de una cuestión; por tanto, puede tomar rápidas determinaciones ante un problema específico y "gobernar" su vida con relativa simplicidad. Sin embargo, una cuestión no ofrece sólo un aspecto, sino varios. El individuo de inteligencia superior a la normal los ve todos a un tiempo: ante la opinión formulada por él aparece siempre la otra que, asimismo, puede ser suya. ¿Cuál es, entonces, la verdadera y cuál la falsa? Si él se comporta de tal o cual forma, ¿habrá aplicado ésta o tal vez aquélla asimismo aplicable? La inteligencia excesiva ocasiona indecisión y temor de la vida. El intelectual anhela, ante todo, una cosa: tener alguien que le indique cómo comportarse. Siempre a la búsqueda de protección sin encontrarla en parte alguna. ¿A quién aceptar como protector o protectora? No podría ser una persona de menos luces y, por otra parte, le sería difícil encontrar de improviso una más inteligente.

Así como una mujer debe agradecer a su escasa "feminidad" -cuando faltan los rasgos femeninos específicamente sexuales- el desarrollo de una capacidad intelectual normal, el hombre debe culpar a su "escasa virilidad" -cuando faltan los rasgos masculinos específicamente sexuales- de una inteligencia excesiva. Es curioso que un alto porcentaje de los llamados hombres intelectuales tengan

una constitución física poco vigorosa. La incapacidad para vapulear a un condiscípulo puede haber originado más grandes pensadores que el interés en descubrir los secretos del Universo: uno se retira automáticamente a una región donde le sea posible encontrar la confirmación de su personalidad que se le ha negado en otras partes. He aquí un ejemplo: los jóvenes con gafas suelen ser grandes lectores, y ello hace pensar a mucha gente que la lectura estropea la vista. En realidad, esas personas leen porque tienen la vista débil: y, fundándose en su especial constitución, se acomodan a otra escala de valores.

Para los intelectuales hay dos alternativas: o se resignan con su temor de la vida o se ocultan tras una máscara de intrepidez. Pocos escogen el primer camino. Una mujer puede permitirse el mostrar miedo y muchas lo hacen sin reparos; un hombre no. Como el hombre miedoso no busca un objeto de pupilaje sino alguien que lo proteja -una madre- le costará conseguirlo aún más que a otros. Una madre apta debería tener un intelecto superior al suyo y ser su polo opuesto físico: le será casi imposible encontrar una mujer que reúna ambas condiciones. Esa madre ficticia aparece siempre únicamente con el éxito profesional. Cuando un intelectual alcanza renombre como literato o pintor, escenógrafo o compositor por haber explicado su temor de la vida a los demás intelectuales con tanta lucidez que éstos pueden identificarse con él, encontrará por fin la mujer que lo "proteja". Entonces podrá exteriorizar su miedo, y eso le hará incluso interesante. En su obra, las mujeres serán siempre seres fuertes y poderosos a quienes se rinden sin condiciones los hombres. En sus relaciones con las mujeres, los artistas masculinos son adoradores o delatores, son un Ingmar Bergman o un Norman Mailer… nunca se los encuentra sobre un mismo plano por así decirlo.

Desde luego, casi todos los intelectuales parecen preferir la imagen "Norman Mailer" a la del perpetuo adorador. Por temor de que se descubra su miedo, imitan a los hombres que quisieran ser en

el fondo. Como muy pocos son buenos actores, se pasan de la raya con frecuencia, lógicamente. Y, sobre todo cuando la cuestión atañe a un gran grupo de intelectuales, esa exageración roza lo grotesco. Hoy día, quien entre desprevenido en una redacción de periódico, un estudio de televisión o una agencia publicitaria -lugares donde se agrupan muchos hipersensibles-, creerá haber subido a bordo de un mercante. Los hombres que lo reciben en despachos climatizados y cubiertos de alfombras parecen estar esperando la orden para apalear carbón, cargar con fardos o echar anclas. Con sus raídas chaquetillas de cuero, sus recios pantalones de pana, sus barbas y barbitas, pipas y pipitas parecen marineros, camioneros o albañiles, pero jamás hombres cuyo único esfuerzo corporal consiste en sostener un lápiz entre dos dedos.

Son supercompensados: hombres que remedan a hombres y van demasiado lejos. Todo cuanto hagan los otros, ellos lo harán también, pero como no hay una necesidad auténtica tras esas acciones, pierden el sentido de la proporción. Se atracan con whisky y aguardiente sólo porque creen que es viril, se lían ellos mismos los cigarrillos y, de paso, se deshacen los pulmones, pasan sus sábados en las tribunas del estadio, silban a las rubias llamativas, se comprimen en los incómodos asientos de automóviles deportivos o cabalgan sobre potentes motocicletas "BMW".

Ellos, tan opuestos usualmente al derramamiento de sangre en todas sus formas, dejan de observar sistemáticamente los limites de velocidad en el tránsito urbano. Ellos, temerosos de la muerte como ningún otro -por ser los únicos con suficiente fantasía para imaginársela-, se aseguran un fin prematuro fumando cigarrillos en cadena hasta contraer cáncer de pulmón. Ellos, cuya mayoría trata con suma timidez a las mujeres y se expresa generalmente empleando términos escogidos -versátil», «frustrado" u, "progresivo"… y saben muy bien todo cuanto esto significa- emplean una jerga profesional sobremanera vulgar para hablar de ellas entre

sí (las mujeres son "muñecas", "hembras" a quienes se debe "crucificar" y "joder"). Y mientras su modelo, el obrero, se pone su ropa dominical los días festivos, ellos pasan el fin de semana enfundados en los uniformes de trabajo de aquél. Sus centros intelectuales -conciertos, teatros, exposiciones de arte- los visitan luciendo un conjunto de jeans decolorado artificialmente: es preciso defender en todo momento la imagen del hombre rebelde. Solamente en aquellas regiones donde no pueden ser una réplica de sus arquetipos, invocan su superior inteligencia y explican sus debilidades a los fuertes. Por lo general, un intelectual no sabe ni clavar un clavo en la pared,, ignora todo acerca de asuntos monetarios~,a no tiene ni la menor idea sobre el funcionamiento de un auto^ y cuando necesita cambiar un fusible pide a voces la presencia del portero.

El saber tales cosas sería un indicio de primitivismo mental… él es, sin duda, un hombre hecho y derecho, pero justamente por eso no puede ser primitivo. Así como una mujer no necesita saber nada porque es femenina, el intelectual tampoco necesita saber nada porque él sabe ya otras cosas.

Como el intelectual trabaja precisamente, por razón de su capacidad para el razonamiento abstracto, allá donde las mujeres más pueden necesitarle centros periodísticos y editoriales, radio y televisión, institutos psicológicos, publicidad e investigación de la opinión-, y como le agrada tanto ocuparse en cuestiones femeninas,, su contribución es inestimable para los fines de las mujeres. Pues, a diferencia de los adoradores, no les dicen a éstas, vosotras sois lo más grande. Aquí deben ser también supercompensados, claro está, sobre todo aquí…, y por eso les gusta tanto ocuparse en las cuestiones femeninas,. Y dicen: nosotros somos lo más grande"…, "acaso no os dais cuenta, pobrecillas, cómo os explotamos y abusamos de vosotras?". No podría ser de otro modo: para no mostrar cuán necesitado está él mismo de protección, el supercompensado debe representar como desvalidas a aquellas

cuya protección busca y espera. El hombre ordinario da una impresión de fortaleza; el intelectual necesita inventar alguien más débil para poder pasar por fuerte.

De resultas, los hombres intelectuales son los mejores aliados con quienes podrían soñar las mujeres para defender su estado cual objetos de pupilaje. Aquí se complementan los intereses masculinos y femeninos como en ningún otro terreno: la mujer requiere la imagen del débil, el intelectual la del fuerte. Un corresponsal que escribe cada día en su periódico cuán cruel es la opresión de los hombres sobre las mujeres es la representación más fiel del buen periodismo según el criterio femenino. Un redactor de televisión que clame contra la denominación "objeto sexual", y recomiende a sus hermanos las virtudes del altruismo -abnegación, desinterés, tolerancia- en su trato con las mujeres, personificará el espacio televisivo más ponderable según los módulos femeninos.

A decir verdad, parece irónico que precisamente los hombres más necesitados de protección sean quienes participen a las mujeres cuán lamentable es el desvalimiento femenino, y que precisamente el sexo más neutral cuente ante esas mujeres cuánto abusa de ellas en la cama. Pero como la totalidad interesa a todos incluidos los hombres corrientes- nadie quiere investigar con más minuciosidad el asunto. Sólo las mujeres no deseosas de protección podrían oponerse sinceramente a ello, pero éstas son demasiado raras para que su opinión ejerza suficiente influencia.

PADRES PÚBLICOS POR INCAPACIDAD

Ciertos hombres no dicen solamente que las mujeres se hallan bajo su yugo, sino que también lo creen a ojos vistas. Éstos son los padres públicos de incapacidad intelectual, hombres sin la menor disposición para interpretar coherentemente los hechos más simples.

Esta incapacidad no trastorna por necesidad todo el proceso mental, también puede circunscribirse a una fase del mismo. Friedrich Engels, Karl Manx, August Bebel y Sigmund Freud eran hombres inteligentes y, sin embargo, fracasaron ostensiblemente en sus tesis sobre el comportamiento del sexo (véase el capitulo.El sexo más débil es el más fuerte,). Ello tiene su explicación si se piensa que los hombres criados por mujeres -¿y quién no ha sido criado por una mujer?- no están en condiciones de reflexionar con imparcialidad sobre las mujeres (ver El Varón Domado). La psicología contemporánea parte del siguiente postulado: casi todos los valores conceptuales de un ser humano le han sido inculcados ya en los primeros años de su vida por la persona educadora, es decir, la madre. Todos los grandes feministas masculinos provinieron de familias burguesas acomodadas, sus madres fueron pupilas de primera magnitud y, naturalmente, defendieron su privilegiada posición mediante un método muy popular, el lavado de cerebro. Los auténticos esclavos de la familia, sus padres, vivieron bajo el yugo de

un trabajo abrumador y, por tanto, veían raras veces a esposa e hijos.

Es tan natural como posible -esto ya lo hemos discutido- que aquellos revolucionarios fueran hábiles demagogos con sobrada imaginación para inventar, por razones políticas, el cuento de la mujer oprimida. Tal elucidación sería reveladora para explicar sus triunfos intelectuales en otros sectores. En este caso, Sigmund Freud sería la única excepción: si supo cuántos disparates estaba diciendo acerca de la mujer fue presuntamente un "supercompensado".

Para hacer justicia a los feministas históricos, debemos hacer constar que antes de implantarse el derecho electoral femenino y cuando se desconocía aún la moderna teoría del instinto, los hombres tenían más razón que ahora para ver en la mujer un ser oprimido. Cuando un intelectual tan prestigioso como John Kemeth Galbraith -catedrático de Harvard el año 1975- cataloga a la mujer estadounidense cual Una fámula del hombre" y lleva al papel frases tan enjundiosas como ésta, "a la esposa sirviente está democráticamente al alcance de casi toda la población masculina," (J. K. Galbraith: La economía y el objetivo público (en preparación), "Plaza amp; Janés") sólo caben dos explicaciones plausibles: o no quiere ver los hechos, o no puede verlos (o se hace el tonto, o lo es de remate). Por lo menos parece ignorar las siguientes circunstancias dominantes en casi todos los países industriales occidentales, sobre los cuales escribe, por cierto, él mismo:

1) Los hombres hacen el servicio militar, las mujeres no.
2) Los hombres van a la guerra, las mujeres no.
3) Los hombres obtienen la jubilación más tarde que las mujeres (aunque con sus menores expectativas de vida deberían tener derecho a retirarse antes).
4) Los hombres no pueden ejercer prácticamente la menor influencia sobre su procreación (para ellos no hay píldoras ni

interrupción de embarazo deben, o mejor dicho, sólo pueden tener los hijos que dispongan las esposas).

5) Los hombres alimentan a las mujeres; éstas nunca alimentan -o si acaso temporalmente- a los hombres.

6) Los hombres trabajan durante toda una vida, las mujeres pasajeramente o jamás.

7) Aunque los hombres laboren toda su vida y las mujeres pasajeramente o jamás, aquéllos son, en términos generales, más pobres que las mujeres (las mujeres estadounidenses poseen ya el 61 % de las fortunas privadas estadounidenses).

8) Los hombres pueden tener sus hijos a "titulo de préstamo", las mujeres están autorizadas para conservarlos (puesto que los hombres trabajan durante toda una vida y las mujeres no, se les arrebata automáticamente los hijos si sobreviene el divorcio, para lo cual se alega que ellos necesitan trabajar).

Esta lista de las desventajas masculinas seria prorrogable a placer. Si después de examinar estos hechos demostrables, un periodista afirma todavía e incluso lo cree- que la mujer es esclava del hombre, se ha equivocado sin duda de profesión: pues no puede pensar con lógica.

HIJAS PUBLICAS

Pero ¿que seria una acusación sin testigos de cargo? Si los padres públicos quieren afirmar que ellos mismos oprimen a las mujeres, necesitan algunas mujeres dispuestas a confirmarlo, pues allá donde nadie se crea perjudicado resultará harto difícil hablar de delito. Las mujeres que prestan esta engañosa declaración son las hijas públicas. Titulándose portavoces de todo su sexo aseguran a los hombres que, efectivamente, las mujeres se sienten esclavizadas, maltratadas, explotadas, incomprendidas y humilladas. Con tal designio presentan pruebas falseadas premeditadamente para dramatizar una situación concreta, o bien exponen a modo de ejemplo algunos casos trágicos y excepcionales. Los feministas y las feministas son como niños jugando juntos a los "entierros"; abren una fosa, matan un lagarto, lo sepultan y, entonces, empiezan a sollozar de forma desgarradora.

Ahora bien, todo depende del lugar donde se celebre ese funeral: cuando los niños quieren patentizar su dolor y captar la atención de los padres, aúllan donde mejor se les oiga, es decir, lo más cerca posible de casa. Las mujeres deseosas de hacer ver su triste destino a los hombres, entierran su "lagarto muerto" allá donde puedan causar más sensación: en las grandes ciudades, preferiblemente Nueva York, Estados Unidos. Y aunque parezca extraño, la conmoción general apenas sufre menoscabo por el hecho de que ese lugar sea el más inadecuado de todos, pues, precisamente, las

mujeres estadounidenses viven con una comodidad jamás igualada hasta ahora.

Las hijas públicas se manifiestan en la vecindad de los padres públicos, cuya mayoría, sobre todo los más influyentes, han elegido Nueva York como lugar de residencia. En Nueva York se publican los principales productos periodísticos del mundo, también los más citados (y plagiados): New York Times, Time y Newsweek. Así, pues, el criterio formulado por los padres públicos de América es constrictivo, o poco menos, para todos los demás: cuando los periodistas estadounidenses afirman que los hombres esclavizan a las mujeres, apenas habrá quien les replique en Europa, Sudamérica y Australia. La cuestión va en interés de todos: los padres privados de cualquier país quieren leer lo mismo que los norteamericanos.

La organización suprema del movimiento americano pro derechos de la mujer, N.O.W. (National Organization for Women) cuenta, aproximadamente, con cuarenta mil afiliadas, pero esta elevada cifra no es garantía de que su idea sea razonable. Cuando el humorista americano Alan Abel hizo un llamamiento a sus compatriotas pidiéndoles que cubrieran con ropas la desnudez de sus animales domésticos porque esos cuerpos tan descubiertos ofendían al pudor humano, se quedó estupefacto al saber que su satírica campaña había recibido asimismo la adhesión de unas cuarenta mil personas. Uno ha de apreciar esto en sus justas proporciones: en un país con doscientos millones largos de habitantes, uno puede expresar cualquier opinión y siempre encontrará un cierto auditorio. Que el mito de la mujer postergada sea aclamado más precisamente allá donde la mujer lo pasa mejor es natural: allá donde mejor lo pasa la mujer, hombres y mujeres se esforzarán más para disimularlo.

Si la N.O.W. ha tenido más audiencia pública que cualquier otro grupo de dimensiones similares -¿quién ha oído hablar en Europa del test de Alan Abel para tantear la gazmoñería?-, es por que hombres y mujeres ajenos a esa organización sienten la necesidad apremiante

de escuchar reiteradamente esa opinión sobre la mujer. Aunque las feministas se despepiten por imaginar lo más descabellado, grosero o absurdo para sus fines propagandísticos, uno lo leerá siempre en su diario a la mañana siguiente. Bien porque lo hayan escrito ellas mismas -muchas son periodistas que dominan las columnas sobre "cuestiones femeninas" en todos los periódicos americanos importantes- o porque, algún padre público las haya citado deliberadamente. Y, desde allí, el mensaje sigue su camino hacia el resto del mundo: los periódicos europeos reproducirán con gran formalidad todas las opiniones de las feministas americanas tanto si son favorables o contrarias a Kissinger, Manlyn Monroe, los pantalones largos, los cortos, los sprays de vagina, el lesbianismo o la abstinencia sexual. ¿Quien puede ser tan chauvinista como para suprimir de sus planas las noticias sobre la lucha por la libertad de esas bravas mujeres?

Ahora cabría preguntarse por qué hacen tal cosa esas mujeres. ¿Que consiguen las periodistas y escritoras inutilizando a su sexo como receptor del bienestar? ¿Por que quieren desempeñar por doquier el papel de víctimas? ¿Acaso se benefician tanto las mujeres, dejando aparte lo material, con los remordimientos del hombre? Las periodistas no son heroínas ni mucho menos. Ellas hacen lo más fácil y escriben exactamente -con algunas excepciones si hemos de ser justos lo que la gente quiere leer. No son ellas las culpables de esa imagen femenina, sino aquellas que las han sobornado. Seguramente no hay ni una sola periodista entre las más eminentes de nuestras días que crea seriamente en la mujer oprimida, pero ellas seguirán propagando esa versión mientras se lo pidan. La liberación de la mujer ha llegado a ser una industria organizada, sobre todo en los Estados Unidos. Hay numerosas revistas especializadas, por ejemplo Ms., cuyos negocios marchan tan bien que pueden ofrecer fotos en color y papel satinado a sus oprimidas y libertas. El cuento sobre la sirvienta del hombre está haciendo una peligrosa competencia a los hermanos Grimm.

El periodismo "feminista" comparado con otros sectores de esta profesión, tiene la ventaja de ser excepcionalmente simple. Para declarar como testigo de cargo contra la esclavitud femenina no se necesita valor (como nadie se opone a ello, no hay enemigos), ni estilo literario (poco importa cómo se escribe, lo principal es describir la opresión del propio sexo), ni conocimientos técnicos (basta, si acaso, con una vagina a modo de legitimación profesional) ni ideas (ésas las proveen siempre los hombres).

La idea sobre el sexo oprimido -según hemos repetido varias veces- fue de origen masculino. No ha nacido de Beauvoir, Friedan, Millet ni Greer -¿cómo podría ocurrirsele a las mujeres esa idea de opresión?-, sino de Marx, Engels, Bebel y Freud. Las mujeres intelectuales aportan únicamente el indispensable "lagarto muerto", para la ceremonia funeraria. Con tal fin se sirven de los siguientes métodos:

a) Informe sumario.
b) Informe insider.
c) Estadísticas binarias.

Mediante el informe sumario, una mujer relata su trágico destino individual, frecuentemente verídico. Las otras lo declaran un caso modelo.

Mediante el informe insider las mujeres participan a los hombres cuál es el "sentir" de una mujeres ante determinadas situaciones. Por ejemplo, Germaine Greer explica al lector de Playboy que el acto carnal equivale a una violación para "cualquier mujer". Gloria Steinem comunica al lector de Der Spiegel que si hay tan pocas doctoras en Medicina es porque uno, "como mujer", no puede imaginar un medico femenino. Ellen Frankfort * comenta la escasez de cirujanos femeninos: "como mujer" uno evita esa profesión porque los hombres nos dicen que la larga permanencia en pie produce varices, lo cual resta gracia al otro sexo. Para esquematizar el sentir como mujer»

en la vida cotidiana se establece también una comparación con las minorías raciales: las mujeres estadounidenses dicen que se sienten tratadas en su propio país como si fueran negros, y las mujeres de los restantes países occidentales que se sienten tratadas como negros estadounidenses ("Nosotras somos los negros de la nación").

Mientras se dramatiza con los informes sumario e insider, se procede con frialdad científica mediante el método de la estadística binaria. Éste consiste en citar la primera parte de una investigación y olvidarse como por casualidad de la segunda: Hay, por ejemplo, muchas quejas sobre el bajo porcentaje de políticos femeninos, pero se olvida decir que las mujeres con su mayoría electoral absoluta del 51-52 % podrían proponer y elegir a cualquier político femenino que les apeteciera.

Se celebra el elevado porcentaje de mujeres trabajadoras, pero se calla que de las cifras citadas sólo la mitad trabajan durante la jornada completa, que muy pocas lo hacen para toda su vida (siempre son otras quienes aparecen en las estadísticas) y que el profesionalismo femenino no es comparable todavía, ni mucho menos, con el masculino porque la mujer casi nunca alimenta con su sueldo al marido ni a los hijos. Se condena la doble carga de las madres trabajadoras, olvidando que, según las estadísticas, el padre trabajador dedica tanto tiempo a las tareas accesorias como su esposa trabajadora: gestiones de orden administrativo, liquidación de impuestos, reparaciones en la casa, atenciones al auto, trabajo de jardinería y vigilancia de los hijos. Se acusa a la "sociedad masculina" de seguir pagando muchas veces sueldos inferiores a las mujeres, pero no se menciona que hay convenios colectivos entre sindicatos y empresas y que sólo una fracción mínima de mujeres profesionales están sindicadas, por no decir nada de sus actividades sindicales.

Se demuestra que las mujeres hacen las tareas más desagradables -como asistentas y encargadas de lavabos-, pero se olvida nuevamente que los trabajos verdaderamente desagradables

corresponden a los hombres: mineros, basureros, barrenderos, limpiadores de alcantarillado, enterradores, encargados de cámaras mortuorias, matarifes, médicos, forenses, especialistas en proctología, enfermedades cutáneas y venéreas y patología anatómica

Se reprocha a los hombres que su legislación prohíba el aborto, pero se calla que, según las estadísticas, hay muchos más hombres que mujeres partidarios de legalizar el aborto, y que los partidos conservadores que en su mayoría son siempre elegidos por voto femenino, son quienes más lo combaten. Se acusa al hombre de haber descubierto la píldora para la mujer en vez de hacerlo para si mismo, pero se olvida mencionar que la industria farmacológica internacional ha invertido hasta ahora sin éxito en la píldora masculina una suma mil veces superior a la necesaria para descubrir la píldora femenina, y que, además, ésta hace depender al hombre unilateralmente de la mujer.

Se interpreta el hecho de que las mujeres se sometan al psicoanálisis con mucha más frecuencia que los hombres, como una señal de la desesperación femenina, pero no se menciona que el número de suicidios entre hombres es el doble de las mujeres, ni se menciona que, en casi todos los casos, son hombres quienes pagan por las costosas horas de confesión psicoanalítica de las mujeres.

Las hijas públicas no quieren desembarazarse del "padre", sino todo lo contrario: haciendo responsable al hombre de todas las ocurrencias desagradables en su vida, le confieren la condición auténtica de padre. Ellas no quieren asumir la responsabilidad de sus propios actos, sólo desean una educación "anti-autoritaria": les aburre ya la casa de muñecas y quisieran poder jugar también al fin con "cuchillo y tenedor, bromas y luz". exactamente como los chicos.

De su propio sexo hacen ellas, las hijas públicas, unas perfectas cretinas. Porque hay cierta diferencia entre decir de alguien que no

quiere hacer otra cosa y decir que no puede hacer otra cosa.

Si las mujeres no quieren hacer otra cosa se las emparejará sobre un mismo plano con los ricos: su torpeza sera una consecuencia del lujo, su estilo de vida una elección libre, su renuncia a cargos y honores una prueba de soberanía. Para cambiar su destino les bastará con desearlo, todo dependerá de ellas mismas.

Si las mujeres no pueden hacer otra cosa se las encasillará como idiotas innatas. Si transcurridos ya tantos años de derecho electoral femenino, mayoría electoral, bienestar material, libre elección para abrazar profesiones liberales, si a despecho de tan denodados esfuerzos no se abren camino, solo habrá una explicación: inferioridad psíquica innata. Unos seres humanos semejantes no pueden variar su destino por si solos, quedan a merced de la compasión y el entendimiento en su medio ambiente, necesitan el altruismo de los hombres.

Sin embargo, cuesta mucho creer que las feministas conozcan el mal que están intentando hacer a las mujeres. Ellas son hijas, si bien sólo públicas. Y las hijas, aunque públicas, no son responsables.

EL HOMBRE COMO VÍCTIMA DE SU POLIGAMIA

LA POLIGAMIA DELUDE SIEMPRE A LOS HOMBRES EXCLUSIVAMENTE

Las mujeres se lamentan de que los hombres sólo nos ven como objetos sexuales. ¡Qué estupendo sería si fuese cierto! Verdaderamente, un hombre necesita aportar no poca imaginación para ver en su compañera un objeto sexual. Casi todas las mujeres eligen con premeditación hombres ante los cuales se sientan inferiores: quiero mirar a un hombre de abajo arriban, reza el lema. Un inferior no tiene nada de objeto sexual, es un pupilo… un niño. Para poder ver a alguien cual objeto sexual ha de haber contraposición física y similitud intelectiva. Por lo general, las mujeres son sólo contrapuestas a los hombres. La torpeza no es una cualidad sexual específica: no es lo contrario de la virilidad, sino de la inteligencia. Por eso no aumenta la feminidad de una mujer -como suponen muchos-, sino su infantilismo.

Una persona inferior estimula el impulso protector de la pareja y no su instinto sexual, empujándola, por lo tanto, a la poligamia: puesto que el hombre siente la necesidad de protegerla, experimenta remordimientos en el terreno sexual. Entonces busca una segunda compañera, y si ésta le es también inferior, retornarán los remordimientos y el proceso proseguirá. Los individuos homosexuales son a veces, quizás, hombres resignados que han buscado inútilmente durante largo tiempo una compañera sexual adulta. Y, por fin, prefieren la igualdad del sexo al intelecto infantil.

Aunque el polígamo habitual no engañe realmente a su mujer, sino a otro hombre, solo se da cuenta de ello muy raras veces: desde el punto de vista sexual, nadie puede engañar a una mujer que vea un padre en su marido. Para una adoptada~, el compañero no tiene nada de amante, y, por tanto, ella únicamente mostrará celos de otra mujer cuando peligre su aprovisionamiento. Por supuesto, preferiría ser hija única de su esposo, pero si surge una "hermana" convendrá hacer lo posible para que no sea la predilecta. Si todo se distribuye con equidad y el padre tiene suficientes recursos para alimentar a varias hijas, le resultará indiferente en el fondo lo que él haga con la otra.

Así, pues, el polígamo no debería sentir remordimientos de conciencia por su actitud con las mujeres, sino con los hombres. Como las poblaciones masculina y femenina mantienen un equilibrio numérico bastante afinado, cada hombre que se apropie de dos mujeres arrebatará a otro su compañera. Un jeque con cien "objetos sexuales" no perjudicará mucho a las mujeres: en su harén se "procura" por todas ellas, la "explotación" sexual se dispersará considerablemente y, de resultas, las molestias serán mínimas; ellas no necesitarán separarse de sus hijos y tendrán siempre la compañía de las otras mujeres.

En verdad, eso solo resulta humillante para los hombres pobres: noventa y nueve de ellos se ven sin compañeras porque el jeque se las ha arrebatado Asimismo, en la modalidad sudamericana de bigamia ya citada, no es la mujer quien sale perdiendo, sino el hombre. La verdadera víctima del machismo es siempre otro macho, pues cada macho con dos hembras robará a otro la suya; como el macho opulento pide fidelidad a sus mujeres cual retribución exclusiva, y como las muchachas procuran acrecentar su valor mercantil mediante la virginidad, el macho menesteroso tiene muy pocas probabilidades de adquirir sexo gratuito. La consecuencia es un ser prostibulario merodeando el mundo de sus iguales: los

numerosos pobres a quienes se les ha arrebatado su compañera deben repartirse entre sí las escasas mujeres restantes. Ahora bien, gracias al antedicho lavado de cerebro, el macho pobre percibe tan poco como el rico lo que se está representando ahí. Él cree también sin vacilar que las mujeres están bajo el yugo masculino, y cuando ha ganado lo suficiente para alquilar durante media hora una compañera sexual, se siente superior a todas las mujeres.

Se puede tener la certeza de que los hombres sudamericanos más pobres olvidarían inmediatamente su famoso machismo si pudieran despertar de ese absurdo delirio. Sin embargo, la moral femenina -esa moral sustentada por las infinitas mujeres que se dejan mantener durante toda su vida- no les ofrece la menor oportunidad de hacerlo. Los machos, obligados a frecuentar las rameras porque, de otra forma, no tendrían mujer alguna, no representan ciertamente la renombrada "masculinidad" latinoamericana. Las llamadas mujeres venales no son las víctimas de sus visitantes, sino de la venalidad de las llamadas mujeres decentes que los empujan a sus brazos.

LAS MUJERES QUIEREN ALTRUISMO

Las mujeres tienen la palabra: pueden hacer de los hombres padres o amantes, pueden despertar su compasión o su sensualidad. Mientras. representen papeles infantiles, darán preferencia, evidentemente, a la compasión. Mientras quieran ser las personas más débiles, jóvenes y lerdas en todos los terrenos -eligiendo siempre hombres superiores a ellas optarán sin titubear por la compasión de sus maridos.

Las mujeres descaminan los sentimientos masculinos: parecen personas adultas y se comportan como niñas, exigen apasionamiento y ellas mismas permanecen frías, hablan de ternura cuando quieren significar protección. Las mujeres matan el amor en ambos sexos…, ellas mismas renuncian voluntariamente y el hombre debe conformarse con lo que ellas tienen por amor. quien ame de verdad pensará, ante todo, en la felicidad de su pareja,: esta es la definición femenina del amor. El hombre procura atenerse a ella. Pero siempre que hace lo posible para conducirse con una mujer tal como se espera de él -pensar sobre todo en su felicidad- no se siente feliz, y cuando se siente feliz es porque ha pensado preferentemente en sí mismo.

Según hemos visto, el manipular los instintos masculinos es una verdadera nadería para las mujeres. Basta con parecer algo más débil, algo más fría y algo más lerda que el otro para ganarse su patrocinio. Pero, ¿acaso es razonable realizar una cosa por la simple

razón de que resulte fácil hacerla? ¿Es suficiente aducir ciertas ventajas personales para justificar una acción?

Nadie hace todo cuanto se le ocurre simplemente porque puede hacerlo. Por ejemplo, las personas civilizadas no maltratan a los animales, aunque podrían hacerlo si quisieran. ¿Cuándo alcanzarán las mujeres ese grado de civilización que les impida seguir zarandeando a los hombres? ¿Cuándo cesarán de adiestrar a sus amantes como proveedores, simplemente porque ejercen el poder? ¿Cuándo decidirán las mujeres suprimir de una vez la barbarie en el amor?

Mientras proceden así, los hombres continuarán teniendo cual único recurso la poligamia… aunque les convendrá desechar todos sus remordimientos de conciencia. Mientras las mujeres sigan imitando a las niñas, mientras se dejen proteger sin motivo alguno, los hombres tendrán perfecto derecho a poseer varias mujeres. Tendrán perfecto derecho a buscar una mujer entre todas las "nenas" con quienes tropiecen en el curso de su vida…, hasta encontrarla. Según hemos dicho, nadie es víctima de su poligamia, excepto ellos mismos. Y si quieren ser los únicos perjudicados, justo es que tomen solos las decisiones de una vez por todas.

This file was created
with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
01/09/2011